



Revista de Humanidades
de Valparaíso

Revista internacional de filosofía

Año 5 / 2017 / 2do Semestre / N° 10

Journal of Humanities of Valparaiso

An International Journal of Philosophy

No 10 (2017)

Universidad de Valparaíso

Facultad de Humanidades

Instituto de Filosofía

Revista de Humanidades de Valparaíso (RHV)
Journal of Humanities of Valparaiso (RHV)

ISSN 0719-4234

eISSN 0719-4242 – www.revistafilosofiauv.cl

CDD: 090

Comité Editorial / Editorial Board:

Directores / Directors:

Juan Redmond (Universidad de Valparaíso, Chile)

Shahid Rahman (Université Lille 3, France)

Editores / Publishers:

Adolfo Vera Peñaloza (Universidad de Valparaíso, Chile)

Jorge Budrovich Sáez (Universidad de Valparaíso, Chile)

Contacto / Contact: editores@revistafilosofiauv.cl

Comité Científico / Scientific Board:

Ángel Nepomuceno, Universidad de Sevilla, España

David Miller, University of Warwick, Reino Unido

Francisco Salguero, Universidad de Sevilla, España

Franck Lihoreau, Universidad Nova de Lisboa, Portugal

José Tomás Alvarado Marambio, Pontificia Universidad Católica de Chile,
Chile

Laurent Keiff, Université Lille 3, Francia

María Cecilia Sánchez, Universidad Academia de Humanismo Cristiano,
Chile

María Manzano Arjona, Universidad de Salamanca, España

Norah Dei Cas, Université Lille 3, Francia

Olga Pombo, Universidad de Lisboa, Portugal

Rafael Marin, Université Lille 3, Francia

Sergio Fiedler, Universidad Diego Portales, Chile

Víctor Duplancic, Universidad de Congreso, Argentina

Auspicio y Patrocinio / Sponsorship:

Convenio de Desempeño para las Humanidades, Artes y Ciencias Sociales
Universidad de Valparaíso

Nota del editor

La *Revista de Humanidades de Valparaíso* (RHV) es editada por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Valparaíso desde el año 2013. Su periodicidad de publicación es bianual de artículos inéditos y reseñas bibliográficas del área de la filosofía, además de trabajos con enfoques filosóficos sobre el arte y literatura. La RHV publica en cuatro idiomas (castellano, portugués, inglés y francés), no se suscribe a ninguna doctrina particular y está abierta a artículos de diferentes perspectivas filosóficas y con un alcance internacional.

Editor's Note

The Journal of Humanities of Valparaíso (RHV, for its acronym in Spanish) is edited by the Institute of Philosophy of the Faculty of Humanities of the University of Valparaíso since 2013. Its periodicity is biannual for unpublished works in the field of philosophy, besides philosophical approaches to art and literature. The RHV published in four languages, Spanish, Portuguese, English and French; and does not subscribe to any particular doctrine and is open to articles from different philosophical perspectives and with an international scope.

CONTENIDOS / CONTENTS

| | |
|--|----|
| 1. FERNÁN RIOSECO P. | |
| Tigres azules de J. L. Borges. Lógica, verdad y mundos imposibles | 7 |
| 2. MICHEL CRUBELLIER | |
| The programme of Aristotelian analytics | 29 |
| 3. MARCOS OLALLA | |
| Discurso estético y discurso político en la crítica del modernismo hispanoamericano | 61 |
| 4. JUAN JORGE BARBERO | |
| Convocando a Gramsci en América Latina. A propósito de un punto de convergencia en la teoría social en la Argentina contemporánea: Silvio Frondizi y José Aricó..... | 83 |
| Propuesta editorial / Editorial Proposal | 89 |

Tigres azules* de J. L. Borges. Lógica, verdad y mundos imposibles

Fernán Rioseco P.**

Resumen

El propósito de este artículo es mostrar el modo en que Borges, en su relato *Tigres azules*, desarrolla varias ideas interesantes en torno a la lógica, el lenguaje y las matemáticas. El punto de partida es el escepticismo borgeano sobre la capacidad de la lógica clásica para abordar el problema de la verdad y los mundos imposibles. Se defiende que objetos inconsistentes e, incluso, autocontradictorios no necesariamente dan lugar a mundos física o lógicamente imposibles. Se sugiere que las paradojas que Borges construye en el cuento no son paradojas de autorreferencia, sino variantes de la paradoja de Moore y de las paradojas de implicación material, por lo que para superarlas se requiere un enfoque no-clásico que neutralice ECQ, esto es, un sistema de lógica paraconsistente.

Palabras clave: Borges, mundos imposibles, paradojas, lógica paraconsistente.

Abstract

Tigres azules of J. L. Borges. Logic, Truth and Impossible Worlds

The aim of this text is show how Borges, in his story *Tigres azules*, develops several interesting ideas about logic, language and mathematics. The starting point is Borgesian skepticism about the ability of classical logic to take the problem of truth and impossible worlds. It is defended that inconsistent and even self-contradictory objects do not necessarily give rise to physically or logically impossible worlds. It is suggested that the paradoxes that Borges constructs in the story

* Recibido: septiembre 2017. Aceptado: octubre 2017

** Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, Chile. Email: flrioseco@gmail.com

are not paradoxes of self-reference, but variants of Moore's paradox and paradoxes of material implication, so to overcome them requires a non-classical approach that neutralizes ECQ, this is, a paraconsistent logic system.

Keywords: Borges, impossible world, paradoxes, paraconsistent logic.

0. Introducción

El cuento *Tigres azules* de J. L. Borges (Borges, 1996a: 381-88) ha sido objeto de interpretaciones diversas. Algunas apuntan al problema de las relaciones entre orden y caos: ¿Cómo es que ha podido surgir el orden a partir del caos? ¿Qué relación existe entre orden y caos desde la perspectiva del pensamiento complejo? ¿De qué manera está presente en esta ficción la llamada teoría del caos? Otras lecturas ponen el acento en los aspectos semióticos del relato y en las paradojas lógicas y semánticas. También se ha identificado en el cuento vestigios de la influencia ejercida por Fritz Mauthner en la cuentística borgeana. Recientemente, se ha propuesto una mirada interdisciplinaria que considera elementos tomados de la estadística y de la teoría de probabilidades, con el fin de encontrar un patrón a una realidad numérica cambiante cuya variación parece gobernada por el caos (Kcenich y Luna-Escudero-Alié, 2015).

Borges mostró siempre un interés especial por la lógica, las paradojas y las contradicciones. Esta inclinación consta no sólo en *Tigres azules*, sino que es patente en varios de sus escritos filosóficos como *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* (Borges, 2011a: 723-36) y en el volumen de cuentos *El libro de arena* (Borges, 1996b: 11-73). En todos estos casos, junto a los problemas ontológicos y semánticos que conlleva la referencia a objetos imposibles o inexistentes (el volumen en octavo, los discos azules, las monedas de cobre de Tlön) Borges despliega la misma estrategia: superada la fascinación inicial por estos extraños y mágicos objetos, su portador ambiciona restablecer el orden *more geométrico*; restaurar la coherencia y armonía que supone inherentes a la realidad. Enfrentado a las paradojas y contradicciones que amenazan socavar los principios de la lógica, el portador (o el narrador en el caso de Tlön) se lanza a la búsqueda de un común denominador al que propendan estos objetos que se resisten al entendimiento. Acude, entonces, a sencillas operaciones lógicas y aritméticas, las que sin embargo se revelan infructuosas, lo mismo que a un cierto número de operaciones factuales que nada verifican en el mundo empírico.

Tigres azules corresponde a la última etapa de Borges (1975-1985), en la que alcanza una de sus cumbres creativas en cuanto a la exposición de ciertos problemas lógicos, ontológicos y semánticos inherentes a la creación de ficciones literarias. Como el gran escritor que era, Borges soluciona con elegancia estas dificultades en un cierre que apela a elementos místicos y metafísicos. El desafío de este artículo es mostrar el modo en que estos problemas pueden ser abordados sin abandonar los dominios de la lógica.

Desde mi punto de vista, el eje central de *Tigres azules* es de naturaleza estrictamente lógica. Intentaré defender que Borges se muestra particularmente escéptico en cuanto a la capacidad de la lógica clásica para abordar el problema de los objetos imposibles y los mundos inconsistentes, así como las paradojas lógicas y semánticas (y su impacto en la noción de verdad proposicional). En la sección 1 expongo de manera sucinta la relación que Borges mantuvo con la lógica, especialmente la lógica matemática, con la idea de encontrar –si cabe– algún *precursor* entre esos lógicos. La sección 2 considera una breve explicación de las paradojas lógicas y semánticas. Se sugiere aquí que las paradojas de *Tigres azules* son variantes de la paradoja de Moore y de las paradojas de implicación material. En la sección 3 me ocupo de ciertos problemas ontológicos y semánticos que suscitan los objetos autocontradictorios en relación con los mundos imposibles. En la última sección describo las ideas esenciales del dialeteísmo y la lógica paraconsistente, e insinúo un bosquejo de solución de las paradojas de *Tigres azules*, sobre la base de la lógica de las paradojas (LP) de Graham Priest, incluyendo un cálculo paracompleto y una semántica paraconsistente de mundos imposibles.

1. La lógica de Borges

Sin perjuicio de precedentes que pueden hallarse en la obra de Leibniz, Bolzano y Boole, existe consenso en que el fundador de la lógica clásica fue el lógico alemán Gottlob Frege. En su *Conceptografía (Begriffsschrift)* el joven Frege es consciente del giro copernicano que para la lógica supone el lenguaje de fórmulas que acaba de inventar:

La mera invención de esta conceptografía, me parece, ha hecho prosperar a la lógica. Espero que los lógicos, si no se dejan intimidar por una primera impresión frente a lo extraño, no negarán su asentimiento a las innovaciones a que me vi impelido por una necesidad inherente al asunto mismo [...] En especial, creo que la sustitución de los conceptos de *sujeto* y *predicado* por los de *argumento* y *función*, se acreditará con el tiempo. Es fácil ver como la

aprehensión de un contenido como función de un argumento surte el efecto de una aprehensión formadora de conceptos. Más aún, la demostración de la conexión entre los significados de las palabras sí, y, no, *existe*, *algunos*, *todos*, etc., merece atención” (Frege, 1972: 4; énfasis en el original).

El gran invento de Frege –los cuantificadores– y su perspectiva no psicológica, sentaron las bases de la lógica moderna, al grado que *Begriffsschrift* es considerada por muchos como el acta fundacional de la filosofía analítica. La influencia de Frege en pensadores del talante de Russell, Wittgenstein, Carnap y Quine es incuestionable, y el valor de su obra para lo que se ha venido en denominar la “tradicción analítica” ha sido reivindicado por comentaristas de la talla de Michael Dummett y Hans Sluga.

Como se sabe, la obra de Borges abunda en referencias a la matemática, la lógica y la geometría. El autor argentino fue un ferviente lector y un aficionado competente en la exposición de problemas matemáticos como el infinito, los números transfinitos, la combinatoria y el cálculo probabilístico. En varios de sus escritos encontramos referencias a matemáticos y filósofos como Cantor, Peano, Russell, Whitehead, Stuart Mill, Brouwer, Mauthner y Meinong. Sin embargo, no hay en la vasta obra borgeana ninguna referencia a Frege. Me atrevo a sugerir que esto se debe a una omisión deliberada antes que a un olvido inexcusable, pues es claro que Borges debió conocer, a lo menos, las ideas fundamentales de Frege sobre la lógica y la filosofía del lenguaje. En efecto, si acaso Borges no lo leyó directamente, podemos suponer que accedió a su obra a través de Russell, cuya paradoja en la teoría de conjuntos manejaba bastante bien, igual que las distintas clases de infinitos matemáticos descubiertas por Cantor. Por otro lado, es posible que Borges haya tenido noticia de las ideas fregeanas debido a Fritz Mauthner, por cuanto las ideas de este último sobre la lógica y la teoría del lenguaje se hallan en las antípodas del pensamiento de Frege. Menos probable, aunque no puede descartarse, es que Borges haya accedido a la obra del lógico alemán siguiendo el derrotero de Wittgenstein y de los positivistas lógicos, pasando por Gödel, Carnap y Quine.

1.1 Frege ¿precursor de Borges?

En *Kafka y sus precursores*, Borges afirma que “cada escritor crea a sus precursores” (Borges, 1996c: 90). Oponiéndose a una visión historicista de la literatura y de la crítica literaria, el autor argentino construye un argumento similar al que Nietzsche utilizó sistemáticamente para rechazar las interpre-

taciones historicistas de la historia. Según Borges, un precursor no es simplemente un autor que viene antes que otro y ejerce algún grado de influencia sobre las generaciones posteriores, sino algo más complejo y profundo. Un precursor es alguien que “modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (Borges, 1996c: 90). Desde la perspectiva borgeana es posible y, en algunos casos, necesario, que un precursor no se encuentre antes, sino después de otro autor en la escala de temporalidad lineal.

Si se plantea el asunto de este modo, está claro que Frege no es un precursor de Borges. De las diversas alusiones a la lógica, la matemática y el lenguaje, no se infiere que Borges haya tenido la intención de *crear* a Frege como uno de sus precursores, ni mucho menos la de *redimirlo*. Es decidir que ni siquiera lo mencione, a diferencia de otros lógicos y matemáticos como Peano, Russell y Brouwer. En *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* leemos que en Tlön “la metafísica es una rama de la literatura fantástica” (Borges, 2011a: 729), sentencia que trasluce el pensamiento de Borges no sólo en lo relativo a su concepción de la filosofía, sino que de la realidad en su conjunto. Bajo el influjo de Mauthner, Borges es consciente de la naturaleza metafórica de todo lenguaje, como queda de manifiesto en *El idioma analítico de John Wilkins* (Borges, 1996d: 84-7). Refiriéndose a esta última ficción, Beatriz Sarlo afirma que “Borges subraya la cualidad arbitraria de todas las lenguas y provoca un escándalo lógico [...] El orden descompuesto, la lógica desencajada” (Sarlo, 2007).

Es precisamente esa lógica desencajada la que se muestra incapaz de hacer frente a las paradojas lógicas y semánticas. Como lo expresa Sarlo,

Borges admira las paradojas no porque sean incongruentes respecto de la experiencia sino por su demostración irónica de los límites de la lógica. Las paradojas no sólo trabajan con las inconsistencias o las contradicciones, sino que, obedeciendo a una dura coherencia formal, indican los límites de la lógica (sus escándalos) cuando se trata de aprehender la naturaleza lo real [...] Las paradojas son formas extraordinarias de la ficción (Sarlo, 2007: 101-2).

En un sentido similar, Bulacio identifica ciertos paralelismos entre la escritura borgeana (especialmente en su poética) y algunas ideas del primer Wittgenstein. Según ella “ambos autores tienen una posición semejante ante la metafísica, pero no la misma respuesta. Oscilan entre el rechazo de la metafísica como disciplina que pretende hablar de cosas extramundanas con el lenguaje del mundo y, al mismo tiempo, la fascinación por “otra realidad”, de carácter metafísico que llama a silencio” (Bulacio, 2004: 113). El Wittgens-

tein del *Tractatus* sabe que el lenguaje es demasiado limitado para acometer una empresa de esta envergadura. Por su parte, Borges no ignora que el absoluto está fuera del alcance de cualquier raciocinio, y por ello apela a ficciones pobladas de paradojas para no ofender a la razón y a la lógica.

Tengo para mí que Borges concebía la lógica (y la historia de la lógica) no como una demostración del intelecto humano, sino como un vano intento de superación de las paradojas y contradicciones. En palabras de Thiher,

Borges es un irónico sucesor de Cantor, Frege, Hilbert, Russell y Gödel, en el sentido de que celebra la destrucción de los sistemas que los lógicos matemáticos han tratado de apuntalar para superar las contradicciones que cada intento de pensamiento consistente parece hacer surgir [...] Este regocijo por la debilidad de la ciencia es cierto no sólo en el caso de contradicciones explícitas como en *La Biblioteca de Babel*, sino que también en las relaciones intertextuales entre las historias (Thiher, 2005: 243).

Más que irónico sucesor, puede decirse que Borges no es un precursor (y mucho menos un redentor) de ninguno de esos lógicos, por la sencilla razón de que era consciente de la fragilidad de la ciencia frente a las paradojas y antinomias. El análisis intertextual e hipertextual de los escritos borgeanos aporta, según Thiher, un dato consistente: para Borges las paradojas son inherentes al lenguaje y al pensamiento; y la lógica, en tanto lenguaje simbólico, no es inmune a ellas. Pero lo más grave es que la lógica no sólo carece de inmunidad frente a estos males semánticos y epistémicos, sino que es incapaz de hacerles frente satisfactoriamente. Allí donde hay pensamiento y lenguaje, emergen paradojas y contradicciones que constituyen un “escándalo lógico”¹.

2. Paradojas lógicas y semánticas

En términos generales, una paradoja puede ser definida como una contradicción que resulta de una deducción correcta a partir de premisas congruentes. Dicho de manera tosca, una paradoja lógica es aquella que se origina al

¹ Algunos comentaristas defienden que en los escritos filosóficos de Borges no hay paradojas, sino rizomas. Borges no estaría interesado en las paradojas en tanto contradicciones dentro de un binarismo lógico, sino más bien en otros problemas como la infinita divisibilidad de los puntos, el desdoblamiento de las series infinitas y aleatorias, la abolición de la causalidad. La estructura de la paradoja borgeana no sería, entonces, la de una paradoja auténtica, sino la de una paradoja aparente. Su escritura es rizomática porque no se trata de contradicciones lógicas, sino de trazas nómadas, de una proliferación de significantes y significados (De Toro 1999: 174-5). A mi parecer, el argumento confunde el nivel hermenéutico con el nivel lógico. En la dimensión interpretativa podría sostenerse que la estructura de los cuentos borgeanos es rizomática, pero desde el punto de vista lógico las paradojas son genuinas. Vid. la sección 2.

interior de un sistema de lógica formal. Según Russell las paradojas lógicas apuntan directamente a la consistencia de un sistema lógico, y se refieren a nociones lógicas o matemáticas tales como cardinal, ordinal, clases, relaciones, funciones, etc. Una paradoja de este tipo es la célebre paradoja de Russell en la teoría de conjuntos, de sobra conocida como para ser reproducida aquí. Otras paradojas lógicas son las de Burali-Forti (1897) y Cantor (1903).

De acuerdo con Pradilla, una paradoja semántica “es relativa a diversas nociones semánticas que relacionan el lenguaje con el mundo de los hechos reales, es decir, la noción de verdad verificacional de un enunciado o la noción de satisfacción de una fórmula, por una o varias entidades” (Pradilla, 2015: 92). Algunos ejemplos de paradojas semánticas son las de Russell-Kaplan, Richard, Forrest-Armstrong, Berry, la del Mentiroso (atribuida a Epiménides), entre otras. Estas paradojas son típicamente autorreferenciales, en el sentido que se originan debido al uso contingente de expresiones del lenguaje natural o de términos lógicos que refieren recíprocamente al interior del propio sistema.

Aún cuando suelen emplearse como sinónimos *salva veritate*, en estricto rigor la paradoja es conceptualmente diversa de otra noción próxima como la contradicción (llamada, a veces, *antinomia*). Una contradicción “es una proposición acerca de la cual, puesta la hipótesis de su verdad, se deduce su falsedad y, puesta la hipótesis de su falsedad, el entendimiento descansa en ella y la confirma” (Díaz Estévez, 1972: 61).

2.1 Las paradojas de *Tigres azules*

En contraste con otros relatos borgeanos donde las paradojas se presentan de manera explícita, en *Tigres Azules* Borges recurre a una estrategia mucho más sutil, proporcionando una serie de pistas que parecen triviales, pero que en una lectura más reposada y en la medida que el cuento progresa hasta alcanzar su máxima tensión, denuncia las aporías de la razón, mostrándola estéril e incapaz de lidiar con las contradicciones del mundo real.

La estructura lógica de *Tigres azules* se divide en dos momentos nítidamente diferenciados:

- a) El primero, que puede identificarse con la lógica clásica, comprende desde el inicio del relato hasta que Craigie ha aprehendido las piedras azules, ante el estupor y espanto de Bhagwan Dass, el miembro más anciano de la aldea. b) A partir de ese momento y hasta el final, la narración abandona el camino seguro de la lógica clásica, para ingresar

de lleno en el mundo de los objetos imposibles, las paradojas y contradicciones, las aporías y antinomias de la razón. En este contexto, resulta tentador inferir que el carácter paradójico del cuento reside precisamente en esta tajante separación: la primera parte afirmaría el orden *more geométrico*, racional por antonomasia; mientras que la segunda estaría dominada por el caos y la irracionalidad. Estimo, sin embargo, que esta interpretación es errada: a mi entender, lo singular de *Tigres azules* consiste en que las paradojas que Borges construye no son autorreferenciales, sino variantes de la paradoja de Moore y de las paradojas de implicación material. No se trata, entonces, que el cuento tenga una “estructura paradójica”, sino que su naturaleza paradójica deriva de que, en la segunda parte, se articulan paradojas lógicas y semánticas para cuya resolución la lógica clásica se revela ineficaz, siendo necesario acudir a lógicas no-clásicas. Lo esencial, en mi lectura de *Tigres azules*, es que nunca abandonamos los dominios de la lógica.

En abono de la tesis que aquí propongo, Borges entrega una serie de pistas que justifican la lectura en el sentido de que existiría un tránsito desde la lógica clásica hacia lógicas no-clásicas:

(i) La primera es el diseño del personaje principal, Alexander Craigie, un profesor escocés de lógica que se desempeña en la Universidad de Lahore, y que consagra sus domingos a un seminario sobre la obra de Spinoza. Hasta donde tengo conocimiento, en las diversas interpretaciones de *Tigres azules* no se ha reparado en el detalle de que Craigie es un profesor de lógica occidental y «oriental» en una Universidad de Pakistán (cerca de la frontera con India) y que, además, consagra parte de su tiempo a la obra de Spinoza. La explícita referencia de Borges a la lógica oriental no es casual, ni un dato anecdótico atribuible a su etapa “orientalista”, sino que constituye la esencia del problema filosófico esbozado en el cuento: la insuficiencia de la lógica clásica para confrontar las paradojas y contradicciones y, por ende, la necesidad de acudir a lógicas no-clásicas. La misma importancia tiene la formulación de las siguientes preguntas: ¿Cuál es la lógica occidental que estudia y enseña Craigie? ¿Podrá tratarse de un sistema de lógica paraconsistente? ¿Qué relevancia tiene la obra de Spinoza en la concepción del mundo de Alexander Craigie? ¿Cuál Spinoza le interesa a Borges? ¿El Spinoza ético o el Spinoza político? ¿O ambos?

b) La segunda pista surge en la medianía del relato, cuando Craigie ya ha poseído las piedras azules. Borges recurre nuevamente a Spinoza:

Para no pensar en los discos, para poblar de algún modo el tiempo, repetí con lenta precisión, en voz alta, las ocho definiciones y los siete axiomas de la Ética. No sé si me auxiliaron (Borges, 1996a: 384).

En la época en que Spinoza publicó su *Ethica more geometrico demonstrata* se pensaba –bajo el influjo del racionalismo cartesiano– que la geometría era el modelo de la ciencia perfecta y acabada, idea que Kant mantuvo en su *Crítica de la Razón Pura* y que Frege, en lo esencial, también conservó. Como apunta Stepanians, “en la perspectiva de Frege, la condición no sistemática de la aritmética se encontraba en claro contraste con los comparativamente más claros contornos de la geometría euclidiana, la cual se aproxima bastante al ideal de ser una ciencia probada y exacta” (Stepanians, 2007: 12).

Hasta aquí Borges se muestra respetuoso de la tradición filosófica, especialmente de la concepción racionalista defendida por Spinoza y Frege, con la salvedad que en el caso de Spinoza la geometrización tenía un propósito metafísico, mientras que para Frege se trataba de extender el método axiomático de la geometría a la aritmética para edificar esta última sobre las bases sólidas de la lógica.

c) La tercera pista la encontramos en el siguiente pasaje:

Si me dijeran que hay unicornios en la luna yo aprobaría o rechazaría ese informe o suspendería mi juicio, pero podría imaginarlos. En cambio, si me dijeran que en la luna seis o siete unicornios pueden ser tres, yo afirmaré de antemano que el hecho era imposible. Quien ha entendido que tres y uno son cuatro no hace la prueba con monedas, con dados, con piezas de ajedrez o con lápices. Lo entiende y basta. No puede concebir otra cifra. Hay matemáticos que afirman que tres y uno es una tautología de cuatro, una manera diferente de decir cuatro (Borges, 1996a: 385).

Estamos ya en la segunda parte del cuento. Craigie se resiste a abandonar el edificio de la lógica clásica, pues lo invade el temor de caer en la locura o, peor aún, tener que aceptar “la prueba de que en el universo cabe el desorden. Si tres y uno pueden ser dos o pueden ser catorce, la razón es una locura” (Borges, 1996a: 386). Borges se refiere a la imposibilidad de las piedras azules *qua* objetos, aceptando –incluso– que la existencia de unicornios en la luna sería posible (quizás a la manera de Meinong), pero en ningún caso la existencia de piedras que contradicen las más elementales reglas de la aritmética y hacen imposible el cálculo. Para Borges las piedras azules son un objeto imposible, esencialmente autocontradictorio, como el cuadrado-redondo o el

Goofang incluido en su *Libro de los seres imaginarios*². Y, en tanto objetos imposibles, engendrarían *necesariamente* un mundo imposible. Desde el punto de vista lógico, implica que todos los enunciados relativos a la aritmética deforme de las piedras azules son falsos en todos los mundos posibles. Dicho de otro modo, no hay un mundo posible en el que sea verdadero el condicional “Si tres y uno pueden ser dos o pueden ser catorce, entonces la razón es una locura”, lo que constituye una manera oblicua de decir que el mundo de las piedras azules es un mundo imposible. Nótese que este tipo de inferencias son características de la lógica modal. Sin embargo, como espero mostrar a continuación, debido a la naturaleza esencialmente autocontradictoria de las piedras azules *qua* objetos, la lógica modal es insuficiente para superar las contradicciones, básicamente porque las paradojas de *Tigres azules* son variantes de la paradoja de Moore y de algunas paradojas de implicación material, para cuya solución es necesario acudir a lógicas no-clásicas.

2.2 La paradoja de Moore

Esta paradoja debe su nombre a G. E. Moore. Wittgenstein, quizá sin exagerar, afirmaba que era la contribución más importante de Moore a la lógica. En su forma simple la paradoja se presenta en la aserción de la oración «*p* pero yo no creo que *p*». La aparente absurdidad e irracionalidad de la paradoja se evidencia al traducir su forma lógica al lenguaje natural: «Está lloviendo, pero no creo que está lloviendo». Lo interesante es que ambas partes de la conjunción pueden ser verdaderas al mismo tiempo, sin que exista necesariamente una contradicción desde el punto de vista lógico. Para ser más precisos, la aserción no es *formalmente* autocontradictoria³. Por razones de espacio no puedo extenderme aquí en la paradoja, pero su importancia tiene que ver con las condiciones del discurso (verdad, sinceridad, insinceridad, racionalidad, etc.) y con las relaciones entre conocimiento y creencia. En el caso de Hintikka, por ejemplo, su estudio de las paradojas lo condujo a la distinción entre lógica epistémica y lógica doxástica, que esencialmente se apoya en la dicotomía saber-creencia (Hintikka, 1962).

La paradoja de Moore básicamente surge cuando un sujeto realiza una aserción en primera persona. En el caso de *Tigres azules*, la narración tiene precisamente esa particularidad. Hay un *yo* narrador que nos revela su obse-

² A diferencia del *Goofus Bird*, que es un ave extravagante, pero *posible*, el *Goofang* “nada para atrás para que no se le meta el agua en los ojos y es del tamaño exacto del pez rueda, pero mucho más grande”. Esta descripción refiere propiedades autocontradictorias por lo que se trataría de un objeto imposible.

³ En sentido contrario véase Shoemaker, 1995.

sión por los tigres azules y su búsqueda insensata en “una aldea muy distante del Ganges (...) de cuyo nombre –por razones que luego aclararé– no quiero acordarme” (Borges, 1996a: 381-2). En la segunda parte, el monólogo de Craigie es fácilmente reconducible a oraciones mooreanas del tipo «Las piedras azules se multiplican, pero yo no creo que se multiplican» o «Las piedras se dividen, pero yo no creo que se dividen» y así, en general, con las cuatro operaciones de la aritmética. Otro tanto puede decirse de sus propiedades físicas: «Las piedras engendran, pero yo no creo que engendran». Desde el punto de vista de las condiciones del discurso (en este caso ficcional), la resistencia de Craigie a aceptar el errático comportamiento de las piedras parece sincera y auténtica. Su creencia es, además, consciente. No hay atisbos de locura en el personaje, fuera de su obsesión por los tigres azules. Por el contrario, su racionalidad estaría garantizada al ser profesor de lógica occidental y oriental en la Universidad de Lahore (“La Oxford del Oriente”). El discurso de Craigie es también consistente, pues enfrentado al “caos inextricable y a los indómitos discos”, elige mantener la cordura y, en un salto de fe, acabar con el intolerable tormento pidiéndole a “Dios y Alá –dos nombres de un solo Ser inconcebible–” que lo libere de su carga.

En *Tigres azules* las oraciones mooreanas tienen una interesante variación asociada a la variable temporal. El propio Moore reconoció que las aseveraciones en tiempo pasado no eran necesariamente absurdas («Estaba lloviendo, pero yo no creía que estaba lloviendo»). En este sentido, las aseveraciones de Craigie se refieren a un cierto momento en la escala temporal, esto es, a un instante *t* en que las piedras se dividen y multiplican. La forma en que Borges construye el relato da a entender que corresponde a una reconstrucción en primera persona de hechos pretéritos, lo que adquiere importancia a propósito de la doctrina dialeteísta que expongo más adelante.

2.3 Las paradojas de implicación material

Las características fundamentales de la lógica proposicional son: (i) la bivalencia y (ii) su funcionalidad de verdad. Es decir, esta lógica define el conjunto de inferencias cuya validez es *función de la verdad* (bivalente) de los enunciados. Así, la definición clásica de validez del condicional es: un argumento es válido *si* siempre que las premisas son verdaderas, *entonces* la conclusión no puede ser falsa. Dicho de manera trivial, no puede ocurrir que las premisas sean verdaderas y la conclusión falsa.

Sin embargo, en dos casos extremos esta noción de validez del condicional produce resultados fuertemente contraintuitivos:

$$1) A \wedge \neg A \vdash B$$

$$2) A \vdash B \vee \neg B$$

Estos casos dan origen a las llamadas paradojas de la implicación material⁴, pues se trata de argumentos condicionales cuya validez y verdad semántica, la lógica clásica se ve compelida a aceptar, pese a que serían razonamientos contraintuitivos si se expresaran en lenguaje natural; a saber: 1) Si la luna es de queso, Francia está en Europa; 2) Si gano la partida de ajedrez, Trump es o no es Presidente de los Estados Unidos.

En *Tigres azules* las paradojas de implicación material se manifiestan a través de enunciados condicionales explícitos e implícitos. Una proposición del primer tipo es la siguiente:

1. Si tres y uno pueden ser dos o pueden ser catorce, la razón es una locura (Borges, 1996a: 386).

Otras veces el condicional material es implícito:

2. Si las cuatro operaciones de sumar, restar, multiplicar o dividir son imposibles, la aritmética es imposible.

En el caso de (1) tanto el antecedente como el consecuente son falsos (pues son autocontradictorios), mientras que en (2) el antecedente es falso, pero el consecuente es verdadero.

En la lógica modal de C. Lewis (1) implicaría que en todo mundo posible donde tres y uno son dos, la razón es una locura, en tanto que (2) implica que en todo mundo posible donde las cuatro operaciones de sumar, restar, multiplicar o dividir son imposibles, la aritmética es imposible. Sin embargo, la dificultad lógica es que el antecedente «tres y uno son dos» y el consecuente «la razón es una locura», son falsos en todos los mundos posibles.

⁴ La denominación «implicación material» es desafortunada, pues da a entender que el problema es de causalidad física o material, en circunstancias que es un problema de estricta consecuencia lógica. Por ello, se prefieren otras denominaciones, como “condicional material” que tiene la virtud de preservar esta última idea.

3. Mundos y objetos imposibles

En *Tigres azules* las piedras son autocontradictorias en, al menos, dos sentidos: (i) Desde el punto de vista físico, porque “engendran” otras piedras que surgen de la nada, sin explicación racional ni causa aparente; (ii) Desde el punto de vista lógico, porque introducen una Aritmética deforme, donde las operaciones elementales de suma, resta, multiplicación y división son imposibles⁵. Lo anterior conduce por fuerza a dos preguntas relacionadas: ¿Las piedras azules son objetos imposibles? Y, si lo son, ¿dan lugar *necesariamente* a mundos imposibles? La respuesta a estas preguntas no es para nada sencilla, pues no sólo implica considerar los sistemas de lógica modal, sino también el problema de la verdad en la ficción. Por razones de espacio, aquí apenas puedo esbozar algunas ideas básicas:

- a) En primer lugar, debemos subrayar que en el caso de los operadores modales y las modalidades aléticas «posible», «necesario», «imposible» y «contingente», la mayoría de los filósofos no está pensando la imposibilidad en el sentido de la ciencia ficción (esto es, como mundos alternativos al nuestro), sino en una imposibilidad lógica. Si uno adhiere al esencialismo modal de D. Lewis, debe admitir que cualquier mundo posible existe de igual manera que nuestro mundo real, pues en este enfoque los mundos posibles son entidades concretas (Lewis, 1986: 2). Sin embargo, esta idea parece contraintuitiva, ya que supone aceptar la existencia de un mundo en el que Alicia va al país de las maravillas; otro en el que los dinosaurios no se extinguieron, etc. Por esta razón, algunos lógicos como Adams y Plantinga defienden un realismo modal moderado, en el que los mundos posibles son entidades abstractas que referirían a proposiciones y estados de cosas o a conjuntos de proposiciones y estados de cosas.
- b) En cuanto a la noción de objeto imposible⁶ no existe consenso entre los filósofos, pues la respuesta dependerá del compromiso ontológico que subyace a la adopción de un determinado sistema de lógica formal. Por ejemplo, un defensor del formalismo matemático probablemente diría que un objeto es imposible siempre que sea contradictorio o autocontradictorio, como un triángulo de seis lados, el cuadrado-redondo o el *Goofang* incluido en el bestiario de seres imaginarios del propio Bor-

⁵ Sin embargo, hay aquí un detalle en el que Borges no profundiza: él afirma que en estas condiciones el “cálculo es imposible”, pero Craigie aún puede contar las piedras, por lo que incluso en el aterrador escenario de las “piedras que engendran” sigue existiendo una Aritmética no sólo *posible*, sino que real.

⁶ Sobre el concepto de objeto imposible en Husserl y Meinong, cfr. Millán-Puelles, 1990.

ges. En este enfoque ontológico, «imposible» equivale a *inexistente*. A la misma conclusión (inexistencia) llega el lógico clásico, aunque por razones diferentes a las del formalista. Sin embargo, es casi seguro que un defensor del realismo meinongniano, del posibilismo o del realismo artefactual, no estaría de acuerdo con estas propuestas deflacionarias.

- c) El problema del formalismo es que la no-contradicción es condición necesaria, pero no suficiente de la existencia. Esto fue advertido claramente por Frege al sostener que la existencia es un predicado de segundo orden, esto es, un concepto. La existencia es una propiedad de un concepto. Un objeto, en cambio, es lo que cae bajo un concepto. Se sigue de lo anterior que un objeto podría ser no-contradictorio (como la montaña de oro de Meinong), pero aun así inexistente desde el punto de vista ontológico e imposible lógicamente, como las monedas perdidas y la rueda herrumbrada de Tlön; el disco de Odín en *El disco*; la Biblioteca de Babel en el cuento homónimo o el pensamiento de los Yahoos en *El informe de Brodie*.
- d) Las nociones de inconsistencia y contradicción no poseen contornos claros y delimitados en todos los casos de instanciación. En *Tigres azules* las piedras son consistentes e inconsistentes al mismo tiempo: son consistentes en cuanto a sus propiedades físico-químicas y geométricas, pero son inconsistentes al contradecir nuestras leyes físicas y aritméticas. Los discos azules corresponderían a un tipo de mundo imposible, pero en un sentido restringido o limitado, esto es, sólo en cuanto se rigen por leyes físicas y reglas aritméticas diferentes a las de nuestro mundo real.

La reflexiones anteriores parecen sugerir la idea de que cuando hablamos de «mundos imposibles», lo que queremos significar es la idea de un mundo *lógicamente* imposible, en el sentido que las leyes de la lógica clásica no se cumplen en ese mundo (principalmente el principio de no-contradicción). Pero ¿qué queremos decir exactamente con mundos lógicamente imposibles? Hay aquí, a lo menos, cuatro respuestas:

- (i) La primera tiene lugar en el contexto de una conversación ordinaria, cuando imaginamos cómo es que las cosas podrían haber sido de otro modo (por ejemplo, cómo sería el mundo si Alemania hubiese ganado la segunda guerra mundial).
- (ii) Otra alternativa consiste en sostener que los mundos lógicamente imposibles son aquellos en los que fallan las leyes de la lógica. Así, dada

una cierta lógica L , un mundo imposible con respecto a las leyes de esa lógica L es uno en el cual esas leyes no pueden sostenerse (Priest, 1992).

- (iii) Una tercera opción es afirmar que un mundo imposible es sólo aquel en el que las leyes de la lógica clásica no se cumplen (Priest, 1997).
- (iv) Por último, los mundos imposibles pueden ser definidos como aquellos en los que se da cuenta de contradicciones lógicas explícitas, vulnerándose el principio de no contradicción. Un mundo imposible en este sentido lo será también en (iii), pero no necesariamente a la inversa.

4. Dialeteísmo y lógica paraconsistente

El dialeteísmo es la doctrina que afirma que hay contradicciones verdaderas⁷. Según sus defensores el principio de no-contradicción algunas veces falla, entre otras razones, porque el mundo sería inconsistente.

Por su parte, un sistema de lógica paraconsistente es aquél que tolera la contradicción. La idea es similar a la propuesta dialeteísta, pero no debemos confundir las cosas: un lógico paraconsistente no necesita suscribir el dialeteísmo; en cambio, el dialeteísta precisa de un sistema de lógica paraconsistente si quiere ser tomado en serio. La diferencia radica en que el dialeteísmo es una *doctrina filosófica*, mientras que la lógica paraconsistente es un sistema de lógica formal, donde lo esencial es la invalidación del llamado principio de explosión⁸ de la lógica clásica:

$$A \wedge \neg A \vdash B$$

Desde Aristóteles, pasando por la demostración de Duns Escoto, la lógica clásica trivializa la contradicción, pues entiende que si ella tiene lugar, “B” puede ser reemplazado por cualquier proposición bien lograda de nuestro lenguaje, lo que conduce a un resultado absurdo. La virtud de los sistemas de lógica paraconsistente es que admiten la contradicción, pero no por ello originan sistemas triviales o delicuescentes, lo cual supone distinguir nítidamente inconsistencia de trivialidad (Palau y Durán 2009: 358)⁹.

⁷ No debe confundirse el dialeteísmo con el *trivialismo*, que es la doctrina que afirma que todas las contradicciones son verdaderas. El dialeteísta defiende que sólo algunas contradicciones son verdaderas.

⁸ *Ex contradictione (sequitur) quodlibet*, usualmente abreviado como ECQ.

⁹ En rigor, la única condición necesaria y suficiente para el desarrollo de un sistema de lógica paraconsis-

4.1 Del gato de Schrödinger a los tigres de Borges

En *Tigres azules* Borges retoma el problema filosófico del cambio y el movimiento, al cual se había abocado en *La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga* (Borges, 2011b: 525-29) y en *Avatares de la tortuga* (Borges, 2011c: 536-41), pero lo presenta de un modo diferente y original. En lugar de las paradojas de Zenón y el problema del infinito, en *Tigres azules* la preocupación de Borges se centra no en la multiplicación o división infinita de las piedras, sino en que éstas —al multiplicarse, dividirse, restarse o sumarse— no parecen obedecer ningún patrón ni orden racional, al punto que la Aritmética y el cálculo son imposibles. Peor aún, las piedras son capaces de *engendrar*, pues “tres y uno pueden ser dos o pueden ser catorce”. Surge aquí una pregunta ontológica que posee consecuencias semánticas: en el instante que las piedras azules “cambian”, ¿los objetos son o no las mismas piedras?

Supongamos que *t* representa el enunciado «ahora estoy saliendo de la habitación». La pregunta es: ¿estoy afuera o adentro de la habitación en el instante *t*? De acuerdo con Priest hay cuatro alternativas:

1. Estoy adentro.
2. Estoy afuera.
3. Estoy adentro y afuera.
4. No estoy ni adentro ni afuera.

Un defensor de la lógica clásica se vería forzado a elegir entre (1) o (2). El dialeteísta, en cambio, tiene las opciones (3) y (4). Priest argumenta que como no existe una forma de determinar el valor de verdad de (1) y (2) sin recibir una acusación de arbitrariedad, pues no sabemos factual o semánticamente si las proposiciones son verdaderas o falsas, deberíamos abandonar la semántica bivalente de la lógica clásica y optar por los enunciados (3) o (4). Ahora bien, debido a que no puede haber vacíos de verdad (*gaps*), la sugerencia de Priest es adoptar (3), esto es, el planteo del dialeteísmo. Su principal argumento para descartar (4) es el *principio de exhaustividad*, conforme al cual «si *A* no es verdadero, entonces $\neg A$ es verdadero».

tente es el rechazo del principio de explosión (ECQ). El abandono del principio de no contradicción no es una condición necesaria para adscribir a la paraconsistencia. De hecho, el sistema LP de Graham Priest no rechaza el principio de no-contradicción: sólo invalida ECQ tratándose de algunas contradicciones que considera simultáneamente verdaderas.

En el instante en que las piedras cambian, ¿los objetos son o no las mismas piedras? Tenemos las mismas cuatro respuestas :

5. En el instante de cambio, los objetos son las mismas piedras.
6. En el instante de cambio, los objetos no son las mismas piedras.
7. En el instante de cambio, los objetos son y no son las mismas piedras.
8. En el instante de cambio, los objetos ni son ni no son las mismas piedras.

Y la misma sugerencia: el planteo dialeteísta de (7) en lugar del indiferentismo de (8).

Como observa Tajer (2014: 97) el argumento de Priest presenta varios problemas, que no puedo desarrollar aquí. Su propuesta es fuertemente contraintuitiva, ya que supone optar por un estado de cosas en que la proposición es verdadera y falsa simultáneamente. A esta última situación Priest la llama *gluts* (“atasco”), mientras que al estado de cosas representado en los enunciados (4) y (8) lo denomina *gap*. Sin embargo, no puede soslayarse la notable similitud del argumento de Priest con el famoso experimento mental que Edwin Schrodinger inventó en 1935, para exponer una de las interpretaciones más contraintuitivas de la mecánica cuántica. Y es particularmente notable que el experimento sea conocido también como la “paradoja” de Schrödinger, y que dos felinos –un gato y unos tigres– permitan explicar y, quizás superar, las contradicciones de dos porciones de la realidad tan disímiles como la física teórica y la ficción literaria.

4.2 La semántica de la lógica de las paradojas LP

En lógica clásica contamos con dos valores de verdad: verdadero (1) y falso (0). En su libro *An introduction to Non-Classical Logic*, Priest introduce un tercer valor de verdad “i”. Luego considera la semántica de Kleene (K3) y el sistema lógico de Lukasiewicz (L3) y clasifica en dos grupos a las lógicas trivalentes:

1. Las que interpretan el valor de verdad “i” como un *gap* (“ni verdadero ni falso”): K3 y L3.
2. Las lógicas como LP, que interpretan “i” como un *glut* (“verdadero y falso”).

LP tiene casi la misma estructura que K3: $[V, D, \{fc; c \in C\}]$ donde,

C corresponde a las conectivas de la lógica proposicional $\{\wedge, \vee, \neg, \supset\}$

V es el conjunto de los valores de verdad $\{0, 1, i\}$

D es el conjunto de los valores designados $\{1, i\}$; éstos son los valores que se preservan en una inferencia válida.

Para cada conectiva c , f_c es la función veritativa que denota. Por ejemplo: f_{\neg} es una función de un solo lugar tal que $f_{\neg}(0) = 1$, $f_{\neg}(1) = 0$ y $f_{\neg}(i) = i$

Una de las diferencias entre la semántica de Kleene y la lógica de las paradojas LP radica en el conjunto de valores designados. En K3 el conjunto de valores designados D es $\{1\}$; en LP será $\{1, i\}$. Por eso, en K3 la ley del tercero excluido será inválida, pero no lo será en LP. Otra característica de LP es que el *modus ponens* no es una inferencia válida.

5. Conclusiones

En la lectura de *Tigres azules* que he propuesto en este trabajo, tanto la lógica como los problemas ontológicos y semánticos constituyen la esencia de su línea argumental. Sin embargo, lo singular del cuento no reside sólo en esa circunstancia, ya que Borges mostró siempre un especial interés por la lógica, el lenguaje y la metafísica. La particularidad de *Tigres azules* radica en la forma en que Borges construye las paradojas, que no son autorreferenciales, sino variantes de la paradoja de Moore y de las paradojas de implicación material. No se trata, entonces, de que el cuento tenga una “estructura paradójica” originada en la dicotomía orden-caos o la oposición entre lo racional y lo irracional. Una interpretación de este tipo subrayaría la confrontación entre la lógica clásica (con sus principios de identidad, tercero excluido y no-contradicción) y el mito ficcional (representado por las piedras que destruyen la ciencia y hacen imposible el cálculo y la Aritmética). Desde mi punto de vista, la naturaleza paradójica del cuento deriva de que, en la segunda parte, Borges articula paradojas que no pueden resolverse mediante la lógica clásica y sus extensiones, siendo necesario acudir a lógicas no-clásicas. Lo esencial en mi lectura es que en *Tigres azules* nunca abandonamos los dominios de la lógica.

Desde el punto de vista ontológico, las piedras azules son objetos imposibles debido a su naturaleza autocontradictoria. En la dimensión semántica, estos objetos engendrarían mundos imposibles en un sentido restringido, esto es, mundos donde las leyes de la lógica clásica no se cumplen (no sólo el principio de no contradicción, sino también el principio de identidad: vid. supra

4.1). En el caso de la ficción literaria el problema de la verdad y los mundos posibles es incluso más complejo, entre otras razones, porque el “imposible lógico” no necesariamente equivale al “imposible ficcional”. Por otro lado, como observa D. Lewis, en el caso de la ficción existe una diferencia conceptual entre los mundos imposibles por trama y por argumento, y los mundos inconsistentes. La verdad en estos mundos respondería a un criterio vacuo de verdad, esto es, algo que no es ni verdadero ni falso, sino sencillamente indefinido (en la terminología de Priest correspondería a *gaps*).

Russell afirmó que la lógica no puede admitir un unicornio más de lo que lo admite la zoología. Tal parece que la lógica no sólo ha de admitir unicornios en la luna, sino que también ha de admitir que en la luna seis o siete unicornios pueden ser tres.

Referencias bibliográficas

- Borges, J. L. (1996a). “Tigres azules”, en *Obras completas*, Tomo 3. Buenos Aires: Emecé Editores, pp. 381-388.
- Borges, J. L. (1996b). “El libro de arena”, en *Obras completas*, Tomo 3. Buenos Aires: Emecé Editores, pp. 11-73.
- Borges, J. L. (1996c). “Kafka y sus precursores”, en *Obras completas*, Tomo 2. Buenos Aires: Emecé Editores, pp. 88-90.
- Borges, J. L. (1996d). “El idioma analítico de John Wilkins”, en *Obras completas*, Tomo 2. Buenos Aires: Emecé Editores, pp. 84-87.
- Borges, J. L. (2011a). “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en *Obras completas*, Tomo 1. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 724-736.
- Borges, J. L. (2011b). “La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga”, en *Obras completas*, Tomo 1. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 525-529.
- Borges, J. L. (2011c). “Avatares de la tortuga”, en *Obras completas*, Tomo 1. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 536-541.
- Bulacio, C. (2004). *Como el rojo Adán del paraíso. Ensayo de antropología filosófica*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- De Toro, A. (1999). “¿Paradoja o rizoma? ‘Transversalidad’ y ‘escriptibilidad’ en el discurso borgeano”, en *El siglo de Borges: homenaje a*

- Jorge Luis Borges en su centenario*, Alfonso de Toro (coord.), Vol. 1: *Retrospectiva, presente, futuro*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, pp. 173-208.
- Díaz-Estévez E. (1972). “La noción de paradoja y la autorreferencialidad”. *Anuario Filosófico*, 5, pp. 57-96.
- Frege, G. (1972). *Conceptografía. Los fundamentos de la Aritmética. Otros estudios filosóficos*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Hintikka, J. (1962). *Saber y Creer*. Madrid: Editorial Tecnos, 1979.
- Kcenich, Stephen & Luna-Escudero-Alié, María-Elvira (2014). “Variable aleatoria discreta o ‘la aberración de las matemáticas’ en ‘Tigres azules’ y los límites del lenguaje en ‘El espejo y la máscara’ de Jorge Luis Borges”, en *Proyecto Patrimonio*. Consulta el 19 de febrero de 2016: <http://letras.s5.com/jlbo091014.html>
- Lewis, D. (1986). *On the Plurality of Worlds*. Oxford: Basil Blackwell.
- Millán-Puelles, A. (1990). *Obras completas. Vol. VIII, Teoría del objeto puro*. Madrid: Ediciones Rialp.
- Palau, Gladys & Durán, Cecilia (2009). “El Significado de la Negación Paraconsistente”, *Principia*, 13 (3), 357.
- Pradilla, M. (2015). “Paradojas lógicas y semánticas”, en *Revista Ingeniería, Matemática y Ciencias de la Información*, Vol. 2 Núm. 3.
- Priest, G. (1992). “¿What is a Non-Normal World?”, *Logique et Analyse*, 35: 291–302.
- Priest, G. (1997). “Editor’s Introduction”, *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 38: 481–7.
- Priest, G. (2001). *An introduction to Non-Classical Logic*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sarlo, B. (2007). *Borges, un escritor en las orillas*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Shoemaker, S. (1995). “Moore’s Paradox and Self-Knowledge”, en *The First-person Perspective and Other Essays*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 74-93.
- Stepanians, M. (2007). *Gotlob Frege: Una introducción*. Cuadernos de Lógica, Epistemología y Lenguaje, Vol. 1. London: Colledge Publications.

Tajer, D. (2014). “Alcances y problemas del dialetheísmo”, en *Tópicos*, Santa Fe, n. 28, p. 89-111.

Thiher, A. (2005). *Fiction Refracts Science: Modernist Writers from Proust to Borges*. Columbia, Misuri: University of Missouri Press.

The programme of Aristotelian analytics^{*1}

Michel Crubellier^{**}

Abstract

In this paper, I submit an overall interpretation of Aristotle's *Analyt-ics* (*Posterior* as well as *Prior*) which I could express, to put it in a nutshell, by saying that the *Analyt-ics* are analytic. That is, they do not lay out progressive or constructive processes, in which, given certain fundamental premises, terms or rules, one would go ahead and draw conclusions or even build a systematic body of knowledge on the basis of these principles. Rather they describe a backward movement, starting from a proposed or provisional conclusion and asking which premises could (or could best) be used in order to deduce, support, prove or explain it.

Keywords: Aristotle, Analytics, Syllogism, Science.

Resumen

El programa de análisis aristotélico

En este documento, presento una interpretación general de los Primeros y Segundos Analíticos de Aristóteles que podría expresar, para decirlo en pocas palabras, el punto de vista de que los Analíticos de

* Recibido: noviembre 2017. Aceptado: diciembre 2017.

** Université de Lille. Lille, France. Email: michel.crubellier@orange.fr

¹ I have expounded the ideas that I develop here before various audiences, in Paris and Nanterre in 2001, and in Créteil in 2005. I want to thank my hosts, Pierre Pellegrin, Francis Wolff and Souad Ayada, for giving me these opportunities to test my views and (I hope) to improve them on some important points. During the same period, I had opportunities to present them to my students and to some colleagues in Lille, and I benefited greatly from long and exciting discussions with Shahid Rahman and his logician friends and students. I also want to thank the colleagues who read this paper and commented on it, and especially Pr. Robin Smith; I felt much encouraged by their positive comments, which made my own ideas much clearer even to myself. Of course, the remaining faults are mine.

An outline of the same views, much shorter and less systematic, was published in Crubellier & Pellegrin 2002 (chapter 2).

Aristóteles son analíticos. Es decir, no establecen procesos progresivos o constructivos, en los que, dadas ciertas premisas, términos o reglas fundamentales, uno podría avanzar y sacar conclusiones o incluso construir un cuerpo sistemático de conocimiento sobre la base de estos principios. Más bien, describen un retroceso, a partir de una conclusión propuesta o provisional y preguntando qué premisas podrían (o podrían mejor) ser utilizadas para deducir, apoyar, probar o explicar.

Palabras clave: Aristóteles, Analíticos, silogismo, ciencia.

1. On the title *Analytics*

These views arose from certain perplexities I have long had about the title *Analytics* (which is most certainly genuine, to judge from the numbers of mentions in the Corpus and from the fact that many of them could hardly have been later additions made by an ancient editor). This title raises immediately two problems:

- (1) it is common to two quite different works, one of which is supposed to be a treatise of formal logic (the so-called “syllogistic”), while the other one is about the epistemology and methodology of exact sciences. There are some very clear indications that Aristotle, even if he wrote them at distinct (and maybe distant) times of his life, did regard them as two parts of one and the same project. See for instance the beginning of *An. Pr.* I 4: “Having made these determinations, let us now say through what premises, when and how every deduction comes about. We will need to discuss demonstration later. Deduction should be discussed before demonstration, because deduction is more universal: a demonstration is a kind of deduction, but not every deduction is a demonstration”.² This passage is ech-

² *Pr. An.* I 4, 25b 26-31. – I quote the *Prior Analytics* in Smith’s translation (Smith 1989), and other Aristotelian texts in the “Revised Oxford Translation”, into which I made such changes as were required (1) to match the interpretations that I want to defend and (2) to obtain sufficient terminological homogeneity between different treatises. To avoid making my footnotes too cumbersome, I did not attempt, except on very few occasions, to indicate and justify these changes. I hope that readers who would like to compare my citations with Smith and the ROT will easily understand what I have changed and why. For the same reason, I tried to leave aside, as far as possible, the many linguistic and philological questions raised by these passages. I only wish to mention here that although I did not keep Barnes’ rendering of *episteme* through “understanding”, I do think that there are good reasons to support it (Burnyeat 1981); but I thought that the traditional translation through “science” would be more evident to those readers who are not sedulous Aristotelians.

oed by the first lines of the last chapter of the *Post. An.*: “Now as for deduction and demonstration, it is evident both what each is and how it made up”.³

- (2) The word *Analutika* itself might appear surprising. If “deduction” and “demonstration” were to be conceived of – as it is generally admitted – as constructive processes, starting with the assumption of certain propositions and then proceeding on to the conclusions that the premises logically entail, how strange it would be to call these treatises *Analytics*! The verb *analuein*, on the contrary, indicates the splitting-up of a whole into its component parts. One use of the word, probably the most frequent in the Aristotelian corpus, means the way in which all natural objects may be decomposed into the four simple bodies, earth, water, air and fire. Aristotle also knows the “analytic” method used in geometry for the resolution of some problems.⁴ The third important use is the one I want to elucidate in this paper.

In the following pages, I will use the word *analytics* (without a capital) to indicate the peculiar ability (which is not a science) that one may acquire through reading and working up the *Analytics* (the treatises), just as Brunschwig once proposed to call *topics* the peculiar ability which you may acquire through reading and practice of Aristotle’s *Topics*. The person who practises the analytical ability I will sometimes call “the analyst”.

2. The plan of the Prior Analytics

What is the project of Aristotle’s analytics? The opening pages of the first treatise give us very few indications about that question. After having given in the first chapter, without any comment, a small number of inaugural definitions, Aristotle immediately enters into his subject matter. But later in Book I, there are two important passages that, while emphasizing a transition, do disclose a larger plan:

– *Transition between chapters 26 and 27 of Book I:*

“[a] From what has been said, then, it is clear how every deduction comes about, both through how many terms and premises and what rela-

³ *Post. An.* II 19, 99b 15-16. – We may be tempted to infer from this that the last chapter of *Post. An.* is entirely distinct from the rest of the two treatises; or even that, indeed, the whole is divided into two distinct parts (although these would be quite unequal in length), the first one dealing with deduction and the second one with induction. But on this see section 6 below.

⁴ See for instance *Nicomachean Ethics* III, 1112b 21-22.

tionship they are in to one another, and furthermore what sort of problem is proved in each figure, and what sort in more, and what in fewer figures. Now it is time to explain **[b]** how we may ourselves always be supplied with deductions about what is set up and the route by which we may obtain the principles concerning any particular subject. For surely one ought not only study the origin of deductions, but also have the power to produce them”.⁵

– *Transition between chapters 31 and 32 of Book II:*

“It is evident from the things which have been said, then, **[a]** what all demonstrations come from, and how, and **[b]** what things one should look to in the case of each problem. But after these things, we must **[c]** explain how we can lead deductions back into the figures stated previously; for this part of the inquiry still remains. For if we should **[a]** study the origin of deductions, and **[b]** also should have the power of finding them, and if, moreover **[c]** we could resolve (*analuoimen*) the existing deductions into the figures previously stated, then our initial project would have reached its goal. It will also result at the same time that what we have said previously will be rendered more secure, and it will be clearer that this is how things are, by what we are now about to say; for all that is true must in all ways be in agreement with itself”.⁶

These passages suggest that the *Prior Analytics* divide into three main parts, corresponding to three distinct competences characteristic of analytics, two of which (**[a]** and **[c]**) are theoretical, while the other one is more practical:

- [a]** to know “how” or “from what” deductions are “produced” (or “what their inner structure is” – for the verb *gignetai*, which is used in both passages, does not necessarily mean a real process of production, but might refer only to the form of the so-called modes of syllogism);
- [b]** to be able to find appropriate deductions for any “problem” whatever (that is, every proposed conclusion);
- [c]** to understand how existing types of inference do conform to the “syllogistic” structures set forth in part **[a]**, thus providing a posteriori corroboration for the results of that part. This part of the treatise, by far

⁵ *Pr. An.* I, 43a 16-24.

⁶ *Pr. An.* I, 46b 38 - 47 a 9.

the longest one, is based on the conviction that all our reasoning, or the largest part of it, can be explained through the models established in section [a]. Witness this declaration towards the end of Book II:

“Now, it should be explained that not only dialectical and demonstrative deductions come about through the figures previously mentioned, but also rhetorical ones, and absolutely any form of conviction whatever, arising from whatever discipline”.⁷ (The text goes on: “For we have conviction about anything either through deduction or from induction”, on which see below p. *9).

3. Analytics and Topics

The programme of the “practical” part [b] immediately reminds of the beginning of the *Topics*: “Our treatise proposes to find ways of proceeding (*methodos*) whereby we shall be able to reason deductively from reputable opinions about any subject presented to us, and also shall ourselves, when putting forward an argument, avoid saying anything contrary to it”.⁸ The notions of “ways of proceeding” (*methodos*)⁹ and of “any proposed problem” indicate the same kind of prospect as in the *Analytics*. Even the definition of deduction is exactly the same in both treatises¹⁰: “A deduction is a discourse in which, certain things being supposed, something different from the things supposed results of necessity because these things are so” – a fact which is generally recorded with some embarrassment by the commentators, since the standard model of a syllogism is obviously absent from the *Topics*. But anyway, the aim of the *Topics*, seen as a whole and, so to say, “from outside”, appears to be the same as that of the *Analytics*: to teach ways of finding premises for a given conclusion.

Nevertheless, there are also some significant differences between the two treatises. To begin with, the *Topics* passage makes two important qualifications: first, the aimed-at ability finds its place in a situation of contest or struggle, where one will have not only to find arguments, but also to defend oneself as well as to attack one’s opponent; second, the *Topics* says that

⁷ *Pr. An.* II 23, 68b 9-13.

⁸ *Topics* I 1, 100a 18-21.

⁹ The term *methodos* is echoed in the *Analytics* passage by that of a “way” (*hodos*). This same word recurs at the beginning of *Pr. An.* I 30 to summarize the contents of chapters 27-29 – on which see below, section 9.

¹⁰ *Pr. An.* I 1, 24 b 18-20; *Topics* I 1, 100a 25-26.

the relevant deductions should be based on “reputable opinions”¹¹, while in the *Prior Analytics* no particular requirement is expressed as to the origin or status of the premises (In fact, the general notion of “premises for a given conclusion” seems to call for such specifications, according to the epistemic character of various types of conclusions and the contexts in which they are to be used.¹² It is all the more noteworthy that the *Prior Analytics* seems to disregard that point.) Moreover, while the search for a method of finding deductions seems to be the sole aim of the *Topics*, it represents a comparatively small part of the *Prior Analytics*.

This raises the problem of the relationship existing between *Topics* and *Analytics*. The most ancient view on that subject commands the general plan of the *Organon* as we know it since Andronicus of Rhodes : after two short introductory treatises on simple terms (the *Categories*) and on propositions (*De Interpretatione*), comes a general, mainly or purely formal, theory of deduction (the *Prior Analytics*) followed by two special treatises : the *Posterior Analytics* on “demonstration” (*apodeixis*), i.e. scientific deduction, based on true premises, and another one about deduction from “reputable” premises, i.e. beliefs which are current among educated people or among specialists. One weakness of this model is that it breaks down the unity of the *Analytics*, which seems to me beyond reasonable doubt.

One might also consider the case from a historical point of view. It is generally admitted that the *Topics* was written at an early stage of Aristotle’s career. But there are several cross-references between it and the *Analytics*, a fact that suggests not only that the treatise was still read by the time Aristotle was writing the *Analytics*, but also that the subject matter itself was probably still a part of the teaching programmes of the Lyceum.

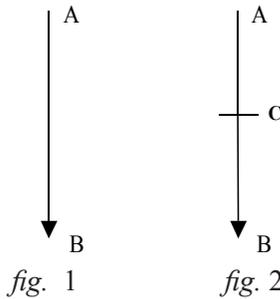
We shall have to come back again to these issues in the last two sections of this paper (§9 and §10). Although they may seem to be of merely historical interest, I believe that a more exact assessment of the relationships between Aristotle’s different projects in the field of the theory of argumentation may greatly improve our understanding of their philosophical meaning.

¹¹ On this notion of “reputable opinions” (*endoxa*), see *Topics* I 1, 100b 21-23.

¹² The *Rhetoric* too is a handbook of argumentative discourse, and could be described (at least partly) by the same formula. Indeed, Aristotle stresses that his conception of rhetoric as an “art” (i.e. a technical study) owes much to his (presumably earlier) discoveries in the domain of dialectic and analytics. There is one important difference: rhetorical argumentation deals with objects that are actions and decisions, and therefore particular and contingent items. The distinctive inferential moves of rhetoric, enthymemes and examples, are closely corresponding to deductions and inductions, but the fact that they deal with particulars, makes them somewhat different from the standard analytical models of induction and deduction. On this see Crubellier 2007.

4. The analytic method

Now, in what sense do the three parts that we have distinguished in the *Prior Analytics* implement one method, which may be aptly described as “analytic”? The verb *analuein* has here a strong and precise meaning: it indicates one definite act, by which the analyst divides the conclusion into two distinct propositions, which will be the premises, by choosing a convenient “middle term”. The *problema* or “proposed conclusion” is a proposition, which – in the simplest cases – is made out of two terms. The middle term, freely introduced by the analyst, combines separately with each one of the two terms of the *problema* to give two new propositions. These propositions may – if the middle term has been aptly chosen – become the premises of a regular deduction or “syllogism”. Thus, when Aristotle writes in the *Metaphysics* that “the parts are causes of the whole, and the hypotheses are causes of the conclusion, in the sense that they are that out of which these respectively are made”,¹³ we have to take it literally. It appears (from some characteristic phrases that occur frequently in the *Analytics* and throughout the Corpus) that Aristotle often illustrated his “logical” explanations with diagrams in which a proposition of the form “A belongs to B” was figured by a vertical line, the predicate being at the top of it and the subject at the bottom (*fig. 1*):



Then the essential analytical act is the setting of point C (*fig. 2*), the middle term, producing two new propositions, “A belongs to C” and “C belongs to B”. Of course, further important points must be taken into account, which are well known by every person who has at least a basic knowledge of “syllogistic”:

- The middle term need not necessarily be placed between A and B, as it is in our example (corresponding to the Aristotelian “first figure”); it may also be said to belong to B and to A as well (and thus be placed

¹³ *Metaphysics* Δ 2, 1013b 20-21

“above” A, as is the case with the “second figure”), or to be a subject to which both A and B belong, and then be placed “under” B (“third figure”).¹⁴

- The relation between two given terms may be specified as affirmative or negative, universal or particular, and modalized in different ways.
- Not every combination of three terms (the so-called “moods”) gives a valid deduction (i.e. conform to the above-mentioned definitions of deduction, i.e. such as the affirmation of the conclusion follows necessarily from the assumption of the premises). The role of part **[a]** of the *Prior Analytics* is precisely to determine which of them are valid and which are not. This is done in chapters 4 to 6 for non-modalized propositions, and in chapters 8-22 for modalized ones. It is worth noticing that this section is not “analytical” in the sense just defined, since it does not proceed backwards, from the proposed conclusion to the premises. But neither is it a constructive process, starting from simpler or more self-evident axioms or rules to infer from them more complex or less evident results. In fact, Aristotle generates all possible deduction models through a strictly combinatory process, then he checks each of them separately. He then rejects those that are not valid, giving an invalidity proof for each one, and gives proofs for the existence of a deduction for all the other cases. Even when he shows, in chapter 7, that all valid moods of the second and third figures can be reduced (*analuesthai*) to valid moods of the first, these are not meant to play the role of “axioms”, the truth of which would ensure the validity of the second- and third-figure moods, but the aim of this (analytical) operation is just to corroborate the results that have been first obtained through the “combination plus elimination” procedure. The method is basically the same, although its application is often more complicated, in the exposition of modal deductions.

Thus, if the interpretation that I am advocating here is correct, it implies – surprising as it might seem to some people – that these first chapters are not the core of Aristotle’s project, but rather a preliminary step to the use of the analytical method in order to find **[b]** convenient starting-points for argumentation and to understand **[c]** our current modes of inference.

Another striking aspect of Aristotle’s way of putting these matters is his insistence on figures, while modern accounts of “syllogistic” tend to give

¹⁴ That may provide a sufficient explanation for the fact that Aristotle did not consider a «fourth figure».

more importance to the moods. See for instance this judgment by Łukasiewicz: “The distribution of syllogisms into figures seems to have no other than a practical purpose: the point is to make sure than no true syllogistic mood is left out”.¹⁵ On the contrary, Aristotle has no technical word for the “moods”, while he refers constantly to the three figures in his analyses and explanations of kinds of inferences or errors, and so does he in the *Posterior Analytics* as well. This aspect of analytic method certainly deserves more attention from the scholars than it has received till now. Commentators have spent much ingenuity on the – purely formal – question of the so-called “fourth figure”. But what strikes me most is the fact that figures are a really effective tool for the classification and assessment of various kinds of inferences, and for the tactical construction of some proofs. Aristotle seems to think that the differences between the figures do reflect significant differences in reality.¹⁶

5. The third part of the Prior Analytics

Besides the act of fixing the convenient middle term, or resting on this act, there are three main operations to which Aristotle refers by the verb *analuein*, all of which are brought into play in the third and longest part of the *Prior Analytics*:

1. To bring back a complex argument to a chain of elementary deductions matching the models set forth in part [a]:

This is only an extension through iteration of the basic analytical move. One can find an interesting illustration of such a process in chapters 19-23 of Book I of the *Posterior Analytics*. The aim of this long and complicated argument is to show that there are complete scientific demonstrations¹⁷; even more, that every conclusion which is susceptible of demonstration can be brought back to a finite number of premises, i.e. that one can insert a certain number of middle terms (let us say C_1 , C_2 , C_3 , ...) between the terms of that conclusion, but that the process cannot go on indefinitely: the demonstration can be brought to a stage at which God himself could not find anything more to demonstrate in it.

¹⁵ Łukasiewicz 1957, § 9.

¹⁶ “– What do you mean by “reality”? Our real processes of thinking, or relations between the things themselves, or between concepts thought of as objective realities? – Well, given Aristotle’s epistemological realism, it might well be the three of them together.”

¹⁷ See below section 6.

2. To translate a piece of argument expressed in natural language, into syllogistic formulas:

The following lines offer an example of a situation in which the analyst might hesitate on how to translate conveniently:

“Something extra duplicated in the premises should be put with the first extreme, not with the middle. I mean, for instance, if there should be a deduction that there is knowledge in that it is a good of justice, then the expression ‘in that it is good’ (or ‘*qua* good’) should be put with to the first extreme. For let A be ‘knowledge in that it is a good’, B stand for ‘good’, C stand for ‘justice’. Then it is true to predicate A of B: for of the good there is knowledge in that it is good. But it is also true to predicate B of C: for justice is essentially a good. In this way, then, an *análisis* comes about. However, if the expression ‘in that it is a good’ is put with B, then no *análisis* will be possible. For A will be true of B, but B will not be true of C: for to predicate the term ‘good in that it is a good’ is incorrect and not intelligible”.¹⁸ In order to extract the elementary terms of a deduction from the more complex structure of natural discourse, the difficulty is to individuate them correctly. The point at issue is the allocation of the phrase ‘*qua* good’ (or: ‘that it is good’. The correct *análisis* produces a regular first-figure syllogism, with the predicate A = ‘knowledge of *x qua* good’. In the mistaken *análisis*, A becomes A’ = ‘knowledge’, and B becomes B’ = ‘the good *qua* good’. Then it is indisputably true that there is a knowledge of the good *qua* good, but the minor premise: ‘justice is a good *qua* good’ is “false”, in fact because the phrase ‘good *qua* good’ does not make any sense.¹⁹

3. To explain or show the effectiveness of various kinds of inference, even of those which are clearly distinct from deduction, for instance proofs by reduction to impossibility, or inductive inferences:

As to the reduction to impossibility, Aristotle says²⁰ that, taken as a whole, it cannot be “analyzed” in the sense explained here. But one can distinguish two parts in it: (1) the general frame of the proof, i.e. the claim that if a given proposition *p* is shown to lead necessarily to

¹⁸ *Pr. An.* I 38, 49a 11-22

¹⁹ Let me draw the attention of readers of the *Metaphysics* on the fact that this remark may concern the famous opening sentence of Book Γ: “There is a science which considers being *qua* being”, so that one is not allowed to extract from it the phrase “being *qua* being”, as if it were the designation of something.

²⁰ *Pr. An.* I 44, 50a 29-38.

an impossibility, then p is false and $not-p$ is true; (2) the derivation of this impossible consequence. The latter can and must be given the form of a regular deduction, and thus it is analysable, while the effect of the former (i.e. that the opponent's claim proves untenable) rests on a dialectical rule: the impossibility to assume contradictory propositions. More generally, inferences that rest on a "hypothesis" with the effect of eliminating the possibility to admit certain claims are not analysable.

The case of inductive inference (*Prior An.* II 23) is perhaps the most interesting, to show the scope and distinctive efficiency of the "analytic" procedure. Aristotle describes it thus: "Induction, then, or rather a deduction from induction²¹, is deducing one extreme to belong to the middle through the other extreme, for example, if B is the middle for A and C, proving A to belong to B by means of C (for this is how we produce inductions. For example, let A be long-lived, B stand for not having bile, and C stand for a particular long-lived animal, as man, horse, mule. Now, A belongs to the whole C (for whatever is bileless is long-lived²²); but B (not having bile) belongs to every C. If, then, C converts with B and the middle does not reach beyond the extreme, then it is necessary for A to belong to B (...). But one must understand C as composed of all the particulars; for induction is through them all"²³.

Two features are particularly striking in this description:

- (1) Here, contrary to the original presentation of *analysis*, the subject of the conclusion is called "the middle term". This departure from Aristotle's own constant usage may seem surprising. Why didn't he use rather the model of third-figure deductions, in which the middle term is set "outside" the [A, B] interval and below B? The reason for this is easily found: third-figure moods give only particular conclusions, while in the case of induction what is supposed to be inferred must be a universal proposition. (Another justification lies in Aristotle's express claim that this kind of inference is appropriate to a "primary and unmiddled premise ; for the deduction of those premises of which there is a middle term is by means of the middle term ; but the deduction of those of which there is not a middle term is by means of induction".²⁴

²¹ More on this apparently strange phrase in the next section.

²² This parenthesis, which has shocked many scholars, must be read as a sort of commentary from an "external" point of view, so to say, and not as a proper part of the inference itself (since that would make it circular).

²³ II 23, 68b 15-29

²⁴ II 23, 68b 30-32

But with this last remark he leads us beyond a mere theory of inference in general, since the notion of “primary and immediate propositions” is crucial to his theory of science, and maybe does not mean anything outside that context – on which see the next section).

- (2) This apparent oddity is made good by the fact that the proposition: “B belongs to C” (e.g. “man, horse, mule are bileless”) is assumed to be convertible. Thus, we obtain the following regular first-figure deduction:

$$\begin{array}{l} \text{(The) bileless animals are \{man, horse, mule\}} \\ \text{\{Man, horse, mule\} are long-lived} \\ \hline \text{Bileless animals are long-lived} \end{array}$$

Here we may recognize the standard model *Barbara*, except that the middle term is the list {man, horse, mule}. Thus, one could describe inductive inference as a kind of “deduction” in which the role of the middle term is played not by a single term, but by a list. This characteristic implies two weaknesses, which give rise to the “induction problem”: (a) the unity of this middle term, and (b) its completeness, are not guaranteed. This is not the place to discuss these issues. But it is important to have in mind, while reading this chapter, that Aristotle is not claiming to introduce another type of deduction matching the standards of necessity and accuracy of the so-called “syllogistic”. He is just trying to account for the fact that we do make such inferences as that of the bileless animals, and for the (limited and risky, but real) efficiency of that spontaneous activity of human mind. (Besides, he also says²⁵ that it is more particularly appropriate to rhetoric than to science or technical reasoning – but we need not take him at his word, since, as we shall see, induction plays an important role in his theory of science). Seen that way, it is no misfortune, but rather a good point for Aristotle’s *analysis*, if it raises interesting questions about this kind of inference.

In the same spirit, in one section of Book II of the *Prior Analytics*²⁶ he “analyzed” various kinds of faults in reasoning by means of the three figures of deduction, with the intention to make his reader more able to avoid such

²⁵ Compare *Pr. An.* II 23, 68b 9-13, quoted above.

²⁶ II, 16-21

faults, or to detect them in his opponent's discourse. In other places, he even went further in that direction, since he made use of the "middle term" in order to explain and discuss some mental processes which have little or nothing to do with inference, such as the structure of definitions²⁷, the doubtful guesses of physiognomy²⁸, the formation of voluntary decisions²⁹, and even the practical tricks of mnemonics³⁰. Clearly, he considered his discovery of the middle term to be a great achievement (and a great achievement it was, as we shall see). But fond of it as he may have been, his fondness did not lead him to uncritical enthusiasm, as we can see from the fact that he honestly admits that such – indisputably conclusive – modes of inference as proof by reduction to impossibility cannot be analyzed in that manner.

6. Analytic method and the foundations of science

I hope that what I have said so far may account in a satisfactory way for the contents and order of the *Prior Analytics* (please refer to the general plan given in the *Appendix*). But what about the *Posterior Analytics*? The textual data about the aim and plan of this treatise are not so clear as those that we have found in the *Prior Analytics*. The most obvious fact is the division into two main parts corresponding to the two books, the first one on demonstration and the second on definition – although its last six chapters (at least) are dealing with rather different topics, namely the method for setting problems (14-15), causal explanations (16-18) and the knowledge of general terms (19). Each of the two books has a finely worked-out introduction, which sets out its subject in a methodical and philosophically illuminating manner, but both seem to end rather confusely, in a loose series of notes more or less closely related to their main topic (a feature which is not uncommon in Aristotle's treatises). Even the inner order of each book is far from being clear. The most clearly programmatic text in the *Posterior Analytics* is the beginning of Book II, which classifies the objects of knowledge under four headings: "the fact, the reason why, if it is, what it is" – which are straight after reduced to two, since Aristotle tells that knowing the fact is just a preliminary step to the knowledge of the "why", and knowing "that it is" is a step towards the knowledge of "what it is". Thus, we are left with two paths of scientific knowledge, the first one dealing with propositions, and the second one with simple terms.

²⁷ *Post. An.* II, 3-10; on which see section 8.

²⁸ *Pr. An.* II, 27.

²⁹ *On the Soul* III, 10-11; *Movement of Animals*, chap. 7; *Nicomachean Ethics* VI, 1142a 22-23; VII, 1147a.

³⁰ *On Memory and Recollection*, chap. 2.

This in turn seems to correspond well enough to the subject matter of the two books, demonstrations on the one hand and definitions on the other. It suggests the picture of an independent treatise on science and its methods, with no or little connection with the problems of formal logic which form the whole substance of the *Prior Analytics*, despite the two passages that I mentioned at the beginning of this paper³¹, which seemed to presuppose a strong unity between the two treatises. In this case the title *Analytics* would have been given to the *Posterior* owing to the fact that demonstration is a kind of deduction, and nothing more (as in the commentators' vulgate).

Yet one can find in the *Posterior Analytics* clear indications that the problematic of finding a middle term is quite relevant to Aristotle's presentation of science. (1) At the beginning of Book II, immediately after having set out his typology of the objects of scientific inquiry, he adds: "in all our searches we seek either if there is a middle term or what the middle term is"³². This implies (2) that definition is susceptible of a kind of analysis: "we have said (...) how the 'what it is' is explained *into the terms*"³³ and that in some sense definition might be considered as a demonstration of a kind, or at least is closely related to a possible demonstration: "and < we have said > in what way there is or is not demonstration or definition of it [= the 'what it is']"³⁴. Besides, I have already mentioned (3) the long demonstration of Book I, chap. 19-23, to the effect that a scientific demonstration can be brought to a state in which it is complete, i.e. that there is a finite number of middle terms between its predicate and its subject.

There are still other places in which there are limited, but often quite explicit resorts to analytic method³⁵. But in order to complete that discussion, we should now concentrate on the first chapters of Book I, in which the relevance of analytics is not so immediately obvious. These chapters set out a comprehensive characterization of scientific knowledge, which seems to be drawn up on the basis of the notions that educated people of Aristotle's time, informed of the new advances of sciences (especially of geometry) and of the philosophical developments³⁶ on the subject, had of a science. The start-

³¹ *Pr. An.* I 4, 25b 26-31; *Post. An.* II 19, 99b 15-16.

³² II 2, 90a 5-6.

³³ II 13, 96a 20.

³⁴ II 13, 96a 21.

³⁵ E.g. I 14, I 15-16, or II 16-18.

³⁶ Mainly Plato, whose conceptions and vocabulary are clearly perceptible in these chapters. Compare *Phaedo* 99-100, or *Republic*, Books VI and VII.

ing-point of this account is the following description of scientific knowledge : “We think we have scientific knowledge of something (...) whenever we are aware both of the explanation because of which the object is (i.e., that this is the explanation of that object), and that it is not possible for it to be otherwise”³⁷ – which in turn is spelled out in the following way : “If, then, scientific knowledge is as we posited, it is necessary for demonstrative knowledge in particular to depend on *things* which are true and primitive and immediate and more familiar than and prior to and explanatory of the conclusion”.³⁸ I have kept Barnes’ “things” to translate the neutral plural adjectives of the Greek original ; but the reference to the “conclusion” makes it clear that these “things” are *premises*. The special character of its premises distinguishes scientific knowledge, and thus it turns out that in a significant way the *Posterior Analytics* fit into the programme inaugurated by the *Prior*. One could even be tempted to go farther and consider them to be nothing but a part (although expanded at great length) of the original plan, in keeping with 99b15-17. There is indeed some continuity between the end of the *Prior Analytics* and the *Posterior*: after having dealt with the application of *analysis* to dialectical discussions (*Pr. An.* II, 16-21), next to rhetorical proofs (23-27), Aristotle would then come to apply it to scientific demonstrations and definitions. In other words, instead of opening in my *Appendix* a separate section 1. 2, dedicated to Aristotle’s theory of science, maybe I should rather have prefixed all the contents of the *Posterior Analytics* (with the exception of the last chapter) with 1. 136, parallel to my numbers 1. 134 (dialectic) and 1. 135 (rhetoric).

But matters are slightly more complicated, since the overall view of scientific knowledge given at the beginning of Book I includes the statement of an important objection to the very possibility of such a knowledge, a “skeptical” objection already faced by Plato,³⁹ which is best expressed in the form of a dilemma : either the scientific demonstration of any given proposition is an infinite task, or one will have to assume some premises without demonstration, which would amount to make scientific knowledge rest on arbitrary assumptions : “Now some think that because one must have scientific knowledge of the primitives, there is no science at all ; others that there is, but that there are demonstrations of everything”. Aristotle adds: “Neither of these

³⁷ I 2, 71b 9-12.

³⁸ I 2, 71b 19-22.

³⁹ The adjective “skeptical” is most certainly anachronistic, since Pyrrho was much younger than Aristotle; but the above-mentioned dilemma became a standard of the skeptics’ arsenal. Its occurrence in the *Meno* suggests a Sophistic origin.

views is true, nor is it necessary that one of them should be the case”.⁴⁰ The whole theory of science expounded in the *Posterior Analytics* develops under the pressure of this objection, with the result that it has to deal not only with premises *tout court*, but with principles (*archai*), i.e. absolutely first premises (and first terms). Since the scientific character of demonstration depends on the truth, explanatory value and epistemic status of its premises, a theory of demonstration cannot consider a single deduction separately; in fact, it has to introduce a more architectonic point of view, in order to provide an account of the ultimate foundations of science. Aristotle has to dismiss the “skeptical” objection, which he does partly in Book I, as we have seen, by showing that there are complete demonstrations, and partly in the last chapter of Book II – which is explicitly dedicated to that question and relates the formation of universal notions through perception, memory and language. The latter should itself be completed by *Prior Analytics* II 23, with its mention of “primary and immediate propositions”. Although Aristotle speaks of “induction” in both contexts, there is a crucial difference between them: in *Pr. An.* what emerges from induction is a conclusion, i.e. a proposition (that is why he allows himself the phrase “inductive deduction”), while in *Post. An.* it is a simple term.

Other consequences of this concern with the foundations of science are (1) the presence in the *Posterior Analytics* of some reflections upon the systematic order of sciences⁴¹ and the possibility of a unified science⁴², and (2) a celebrated classification (in chapter I 10) of the various types of “first principles”, which is strongly reminiscent of Euclid’s *Elements*⁴³.

Because of these distinctive features, the *Posterior Analytics* cannot be called a mere part of the *Prior Analytics* project. The last chapter on the origin of universal notions will show how intricate the situation is: while this chapter lies clearly outside the scope of the analytical programme, since the psychical processes that it describes do not involve anything like a middle term, it is undoubtedly an essential part of Aristotle’s answer to the skeptical

⁴⁰ I 3, 72b 5-7. In another place, Aristotle alludes to the *Meno* paradox: “you will learn either nothing or what you know” (I 1, 71a 30, compare *Meno* 80d).

⁴¹ See for instance I 11, 77a 26-35, I 27-28, II 15.

⁴² A perspective that Aristotle rejects; see *Post. An.* I 32.

⁴³ Euclid’s books were probably written some decades after Aristotle’s. But since he seems to have summed up the results of a tradition of geometrical treatises called *Elements*, it is hard to decide if there has been an influence in one or the other direction, or even a reciprocal influence. Euclid himself does not comment on his method, neither does he express epistemological views of his own; the oldest commentary that we have on the *Elements* is the work of Proclus who, as any good Neoplatonist, had had a thorough training in the *Organon*. At any rate, the *Posterior Analytics* and the *Elements*, like two symmetrical monumental pillars, were to form the portico of the temple of scientific method for generations of Western philosophers.

objection, and thus of the *Posterior Analytics*. So, I am inclined to think that these were written independently of the *Prior Analytics*, most probably after them and perhaps many years after, but that Aristotle was conscious that he was deepening and increasing the kind of research he had initiated in his former treatise. That may be the reason why he referred to both of them by the same general title.

7. An overview of the *Posterior Analytics*

We are now in a position to get a clearer picture of the contents of the *Posterior Analytics*.

In the first 14 chapters of Book I, as we have seen, Aristotle characterizes scientific demonstration by means of a series of constraints bearing on the premises. I leave it to the reader to see how these constraints are related to the general description of scientific knowledge, and to follow their systematic exposition in chapters 2 to 15, since this first section is comparatively well ordered, and has been thoroughly examined by Aristotelian scholars.⁴⁴ Notice that it ends in chapter 14 with the typically analytic remark that the first figure is more fit for scientific knowledge than the other ones.

Next come three chapters (16-18) on “ignorance” (*agnoia*), which is certainly introduced here as a counterpart of knowledge. The interesting fact is that it is defined as “error coming about through deduction”,⁴⁵ and analyzed in order to locate precisely the original source of the mistake, following the schemes of the three figures.

In my plan, I have treated chapters 19 to 26 as one section, under the general heading of “the ideal demonstration” (1. 213). Maybe it would have been more accurate to distinguish and separate its two constituents, since the first part (19-23) upholds a particularly strong thesis (the existence of finite complete demonstrations) which is crucial to the possibility of science, while the following chapters (24-26) intend only to compare the demonstrative values of different kinds of inferences.

The rest of Book I may be considered as a rather discontinuous stretch of additional notes, related in various ways to the main contents of the book: some of them concern the kinds of facts which are object of scientific knowl-

⁴⁴ Non-Aristotelian and Greekless readers will find Jonathan Barnes' commentary (Barnes 1994) particularly helpful.

⁴⁵ *Post. An.* I 16, 79b 24.

edge (chapters 30-31, 33), others discuss larger issues about the systematic order of sciences (27-28, 32), and the last chapter is about “exactness of mind” or “acumen”.

The main part of Book II is about definitions. As we have seen, this large division of *Posterior Analytics* in two parts is explicitly based on a systematic classification of the objects of scientific inquiry.⁴⁶ There is no problem about that, but it is worth noticing that in Aristotle’s view, a definition is a piece of knowledge and may be true or false. Which is more, a real definition is not an immediate piece of knowledge : if you define thunder as “a noise in the clouds” or an eclipse as “privation of light from the moon”, you will have captured only the fact “that it is” ; to express what it is in a precise and intelligible way, you have to tell that thunder is a noise *caused by the quenching of fire* in the clouds⁴⁷, and eclipse a privation of light from the moon *by the earth’s screening*.⁴⁸ Thus a scientific definition can be analyzed. Nevertheless, it has not the same status as a demonstrable proposition. Here Aristotle’s discussion may fairly seem somewhat embarrassed : sections 3-7 and 8-10 are near to contradict each other, and the final result is that definitions (at least some of them, and the most interesting ones) are demonstrations of a kind, “oblique” demonstrations, so to say, “differing in aspect from demonstration”.⁴⁹ Maybe one should say that such a definition “contains” a demonstration, either because it recapitulates a demonstration or because a demonstration is potentially present in it.

Another problem with this section on definitions is to mark exactly where it ends. Since chapter 13 gives directions on how to find definitions, it may seem that the section extends as far as that (and this is the division I adopted in the Appendix). But chapters 11 and 12 deal with the middle term as an expression of the cause, and this discussion is not necessarily limited to the middle terms of definitions (especially in the case of chapter 12, which raises an issue about the retrodictive *vs.* predictive character of causal explanations). So, it might be more appropriate to consider chapters 11 to 18 of Book II as a larger heuristic section, parallel in a way to the heuristic section of *Prior*

⁴⁶ Barnes 1994 explains the general division of the *Posterior Analytics* by saying that Book I put forward the necessity to base scientific knowledge on first principles, and that definitions are among these first principles (p. xiii). This is true, but why put the stress on definitions rather than on some other kind of principles? One explanation might be that of all the principles, definitions are not as “first” as the other ones, since they feature a middle term.

⁴⁷ *Post. An.* II 10, 94a 5.

⁴⁸ *Post. An.* II 2, 90a 15-16.

⁴⁹ *Post. An.* II 10, 9412-13.

Analytics (1. 12 in my plan) and bearing on all the matters examined in the *Posterior*, i.e. precepts for (1) finding causes (chapters 10-11), (b) searching definitions (13) and (c) setting a problem clearly (14-18).⁵⁰

8. Why so few formal syllogisms in the Aristotelian treatises?

Incidentally, grasping the distinct purpose of analytic method may cast a new light on a notorious puzzle about the *Posterior Analytics* and help, if not to solve it, at least to show there is not so much harm in it as is commonly believed. It has been noticed long ago that, while Aristotle expressly claims that scientific knowledge must take the form of demonstrations, which are themselves a kind of syllogisms, there are astonishingly few recognizable syllogisms in the rest of the Corpus. While some ancient and medieval commentators painstakingly tried to rephrase Aristotle's bright, creative and intuitive analyses into regular formal syllogisms, some of the moderns tried other ways out. Weil⁵¹ suggested that the treatises pertained to the province of dialectic – but that would seem to pass over what Aristotle explicitly says of the epistemological hierarchy of science and dialectic, and over the many places in the corpus where he calls his reader's attention on the fact that he will proceed dialectically (*logikôs*) as opposed to *phusikôs*, which must mean: "according to the standards of natural science".⁵² Barnes added⁵³ the suggestion that the description of complete and logically faultless demonstrations based on true premises was meant to hold only as the ideal picture of an achieved science. But it seems that we are not much better off with that, since Aristotle himself glosses the phrase "scientific deduction" with these words: "by 'scientific' I mean one *in conformity with which, by having it, we have scientific knowledge of something*".⁵⁴ There are some facts of which there is a demonstration, and this is an objective property that they have: i.e., their notion can, and indeed must, be analyzed into more fundamental terms, which manifest their cause. Thus, to have a scientific knowledge of them is to know them under the form and in the order that the demonstration exhibits. Aristot-

⁵⁰ A third alternative, of course, would be to admit that here too we have just a disordered series of end-notes.

⁵¹ Weil 1951.

⁵² There is even one place where *logikôs* is opposed to *analutikôs* (although analytics is not properly a science): *Post. An.* I 22, 84a 7-8.

⁵³ Barnes 1994, p.xii-xiii (these pages date from the first edition, 1975. Barnes qualified his position in an addition in the second edition, pp. xviii-xix).

⁵⁴ *Post. An.* I 2, 71b 18-19 (italics mine).

le specifies, “by having it” to exclude the case in which someone would come by chance to think of those things in that order, but without being aware that this is a demonstration. If this is so, to say that we are not yet in possession of such demonstrations means that we have, at least for the time being, no science at all. Aristotle would not have shared such pessimism or modesty.

Now, once it is clear that the distinct epistemological contribution of the *Analytics* does not consist in prescriptive rules concerning the logical form of scientific discourse, but rather in an explanation of the specific nature of scientific knowledge, there is no reason to consider that an argument is unscientific because it has not the canonical form of a syllogism. It is scientific as soon as it is conclusive, rests on necessary true premises and has some explanatory value. It may be interesting and useful (in order to show that it is conclusive, among other things) to translate it later on into a canonical deduction, but this is not necessary, neither does it add anything to its scientific value.

I would like to illustrate my point in reference to a case which is commonly considered to be particularly disadvantageous to Aristotle, namely mathematical reasoning. He is often blamed for having given a distorted picture of mathematics by claiming that geometrical proofs were demonstrations in his sense of the word, i.e. syllogisms. In fact, he even goes so far as to claim that the proofs of “arithmetic, geometry and optics” are first-figure syllogisms.⁵⁵ Contrast for instance Kant’s clear-cut distinction between “philosophical” (i.e. syllogistic) deductions and geometrical reasoning “through construction of concepts”.⁵⁶ The interpretation that I have sketched here could help to face this difficulty. For he may have meant that geometrical proofs are demonstrations because they bridge the interval between a given object (e.g. the triangle) and a given property (e.g. to “have two right angles”) by means of a middle term: the three angles “disposed around one point” so as to make appear that they are equal to two right angles.⁵⁷ This is in keeping with what he writes about *analysis* as a standard procedure for the resolution of geometrical problems. For all that, I do not wish to claim that Aristotle had a clear understanding of the nature of geometrical proofs and their often complex structure, nor that his analytics, with its linear topology, could have given the

⁵⁵ See *Post. An.* I 14 – a claim which he justifies by saying that the first figure is the only one that can provide universal affirmative conclusions.

⁵⁶ *Critique of Pure Reason*, “Transcendental Methodology”, part I, section 1.

⁵⁷ *Metaphysics* Θ 9, 1051a 24-25.

means of an adequate description of mathematical reasoning. But in any case, he must not be charged with blind dogmatism with regard to these questions; at the most, he may seem to be guilty of some vagueness or carelessness.

9. Is there an *ars inveniendi* in the *Analytics*?

Alongside this role of accounting (a posteriori) for our effective processes of inference, the *Analytics* claim to pursue another methodological goal, which is to make the reader, or the practising student, able to find premises by himself so that he “will never fall short” (*euporêsei*) of deductive arguments. This part of the analytic programme is unquestionably prescriptive; but does that mean that there is a systematic method, i.e. a set of rules establishing a specific way of proceeding and possibly ensuring, under optimal or even under normal conditions, a successful outcome?

Something like that⁵⁸ appears in the central section of the *Prior Analytics* (I, chapters 27-31, labelled [b] above). At the juncture of chapters 29 and 30, for instance, Aristotle writes: “It is evident from what has been said, then, not only that it is possible for all deductions to come about through this route (*hodos*), but also that this is impossible through any other (...). The route is the same with respect to all things, then, whether concerning philosophy or concerning any kind of art or study whatever”.⁵⁹ Notice Aristotle’s insisting on the fact that this method is the same for all kinds of disciplines, that is, probably, that it is independent of the distinction between science and dialectic, and thus of any restrictive condition concerning the epistemic status of the premises.

The general scheme is as follows.⁶⁰ Let the proposed conclusion be of the type “A applies to E”. Then you have to make six different lists of terms:

three lists of terms related to A (the predicate):

(B) terms which follow from A

(Γ) terms of which A follows

(Δ) terms which are incompatible with A

⁵⁸ There is also a very similar passage about the search for definitions in *Posterior Analytics* II, chapter 13.

⁵⁹ *Prior Analytics* I 29-30, 45b 36 - 46a 2.

⁶⁰ In the following lines, I am freely paraphrasing chapter 28 from 44a 11 on. I kept Aristotle’s Greek letters to name the different terms and lists (except M, the middle term, which is my own addition), but I limited myself to one example, while Aristotle, of course, examines at length all possible cases.

three lists of terms related to E (the subject):

(Z) terms which follow from E

(H) terms of which E follows

(Θ) terms which are incompatible with E.

Now, a term which is common to one of the predicate-related lists and one of the subject-related lists may (with certain restrictions that I will not consider here) be used as a middle term in order to demonstrate that *A applies* (or: *does not apply*) to (every, or a certain) *E*. For instance, if you have to demonstrate that *vine is deciduous*, you have to find a term such as *broad-leaved*, which is implied by the notion of *vine* (so that *broad-leaved* is a member of the list Z) and implies the character *deciduous* (and thus is also a member of the list Γ). In chapter 28, 44a 17-19, Aristotle establishes that if a term M belongs to both Γ and Z, then it follows that A applies to every E, and that this can be demonstrated by means of M in the first figure, according to the standard *Barbara* formula:

A applies to every M

M applies to every E

A applies to every E.

A similar determination of the middle term may be given for every other valid syllogistical mode.

To what extent can this be called a method for finding demonstrations? Aristotle's own assessment is strikingly balanced, as we may see from the last lines of chapter 30:

“Consequently, if the facts concerning every subject have been grasped, from then on we are prepared to bring the demonstrations readily to light. For if nothing that truly belongs to the subject and to the predicate has been left out of our collection of facts, then concerning every fact, if a demonstration for it exists, we will be able to find that demonstration, and demonstrate it, while, if by its nature it does not admit of a demonstration, we will be able to make that evident.”⁶¹

⁶¹ *Prior Analytics* I 30, 46a 22-27.

That may sound proud and self-confident. Indeed, Aristotle has brought out a very important result, namely, that (1) every (direct) demonstration must have the form of one of his syllogistic models, and that (2) the middle term always satisfies the condition of being at the intersection of two different lists, one of predicate-related terms, and the other of subject-related terms. Yet, in order to establish this theorem, he had to suppose that we dispose of six complete lists B , Γ , Δ , Z , H and Θ . The difficulty lies less in the fact that some of these lists may be very long⁶² than in the lack of any general or formal mark to ascertain that a given term belongs to a given list and, still the more, to ascertain that the list has been completed. That is probably the reason why, in the same chapter, Aristotle reminds his reader that all knowledge rests ultimately on experience:

“The majority of principles for each science are peculiar to it. Consequently, it is for our experiences concerning each subject to provide the principles. I mean, for instance, that it is for astronomical experience to provide the principles of the science of astronomy (for when the appearances had been sufficiently grasped, in this way astronomical demonstrations were discovered; and it is also similar concerning any other art or science whatsoever”.⁶³

Thus, in the space of a few lines, Aristotle utters two strong and seemingly conflicting theses: (1) he claims that there is a universal “method” to determine with certainty the appropriate premises for any given conclusion; (2) he maintains the essentiality of experience. Here we meet, in fact, with the main difficulty for every project of an *ars inveniendi*: it has to stipulate rules and procedures that must be at least partly independent from the material import of that conclusion. Otherwise the very idea of a special, “instrumental” method would be meaningless, and the only necessary and sufficient requirement for finding convenient premises would be a thorough and accurate knowledge of the subject matter. But on the other hand, one cannot discover anything without some substantial knowledge of the investigated objects, especially (in Aristotle’s view) of their essence. It is interesting to notice that both the-

⁶² This must be the case with Δ and Θ , i.e. the predicates that cannot apply to either the subject or the predicate of the proposed conclusion. The other four lists (terms that necessarily imply, or are necessarily implied by, the subject or the predicate) should be relatively short, since in Aristotle’s view the essence of any real being is finite and can be known very precisely. But even the «negative» lists Δ and Θ might well be finite, (though probably very long in most cases) since they should contain only properties that are always incompatible with A (or E), which implies some necessary relation to A ’s (or E ’s) essence.

⁶³ *Prior Analytics* I 30, 46a 17-22.

ses occur together in an apparently anti-Platonic context.⁶⁴ He attacks Plato, so to say, from two opposite sides: as regards formal analysis, he claims the superiority of his own method for finding the premises, saying that Plato's method of division is "only a small part" of it; at the same time, he stresses that you cannot discover anything without experience, which implies that a purely formal method would be fruitless. In doing so, he was not necessarily inconsistent or unfair. He may have had in mind the idea that Plato's dialectic was unduly mingling formal features (i.e., based on logical relations between the terms) and elements of contents based on empirical knowledge. The interesting move he made in chapter 30 consists in distinguishing the formal from the empirical element, although he appears to have thought that both are always necessary in order to acquire any piece of real knowledge whatever.

Thus the "method" explained in chapters 27-29 of *Prior Analytics I* has its limits. It is not entirely devoid of heuristic efficiency, since it specifies which kind of relationship the middle term must have with one each of the terms of the conclusion. But it cannot go any further, because every research must incorporate some amount of experience, i.e. some acquaintance with the things themselves, plus a special aptitude to discern the essence of each one from the collection of all its properties. To describe this particular combination, Aristotle often uses the metaphor of hunting.⁶⁵ Although hunting is not a random activity (it has certain rules and can be practised in a more or less rational way), it can never be made entirely independent of chance. Admittedly, the metaphor may refer to quite different situations. The method described in *Prior Analytics I* 27-30 looks more like beating over a large area in order to rouse the game; but this may take a long time, while there are also more direct ways of doing, such as following a track or standing on the watch in a place where one knows that the game is likely to show up. Not by chance does the first book of the *Posterior Analytics* end with a note on "exact mind", by which some people prove able to "hit upon the middle term in an imperceptible time".⁶⁶

So, I have to refine (and perhaps to complicate a little) the overall picture of the *Prior Analytics I* I gave in section 2 above. Section [b], although it seemed to be introduced as the practical part of the programme, has also a

⁶⁴ Smith 1989, p. 157. The anti-Platonic scope is confirmed by the next chapter (I 31), which criticizes the Platonic «method of division».

⁶⁵ See for instance: «...in what way one ought to hunt for <the principles of deductions>» (*Pr. Anal.* I 30, 46a 11-12), and in a very similar context, about definitions: «...how one ought to hunt for the predicates that are contained in the what-it-is». (*Post. An.* II 13, 96a 22-23).

⁶⁶ *Post. An.* I 34, 89b 10-11.

theoretical aim, i.e. to sum up the results of part [a] by means of a new and shorter proof. Symmetrically, practical concerns often come near to the surface of part [c], since it contains a lot of instructions and dwells often on the strong or weak points of the various kinds of inference it examines, as well as on the mistakes to avoid and the causes of error.

10. Back to the relationship between Analytics and Topics

As we have seen, both treatises follow a backward path. Both aim at discovering models of inference with some degree of generality, but in two very different ways.

The *Topics* is mainly a long catalogue of “places” (*topoi*)⁶⁷, a term which belongs to the special idiom of dialectic and rhetoric. A “place” is, in Brunschwig’s illuminating phrase, “a premise-making device”,⁶⁸ which tells us how to construct, on the basis of the proposed conclusion, another proposition which entails it, so that once our opponent has granted this proposition, he cannot escape the conclusion.⁶⁹ The making of such devices presupposes the identification of certain standard types of proposition, with some characteristic features, which allow stating, as a general rule, that a proposition of type T_1 entails a proposition of type T_2 . This will appear more clearly through a few examples:

- (1) “That which is in itself the cause of good is more desirable than what is so *per accidens*, e.g. virtue than luck, for the former is in itself, and the latter *per accidens*, the cause of good things”.⁷⁰

⁶⁷ This literal translation is to be preferred to the less surprising “commonplace”, since in some contexts (e.g. in the *Rhetoric*) Aristotle makes a distinction between “common” and “special” *topoi*. The metaphor seems to refer to the “places” where a tidy person is sure to find the objects that he has stored there (Lausberg 1974, § 373); Aristotle himself suggests a connection with mnemonics (*Topics* VIII 14, 163b 28-32).

⁶⁸ Brunschwig 1967, p. xxxix.

⁶⁹ This account must be oversimplified, because it is not possible to set out conveniently here the problems raised by this kind of argumentative structure. It is to be specified at least that a “place” is not always a positive argument as in the example given above; it may also be used in view of a refutation (in cases in which T_2 implies T_1 , so that the negation of T_1 entails the negation of T_2). Other interesting but difficult questions are (1) how the rule determining the content and form of T_1 on the basis of T_2 can be discovered and validated, and (2) the motives and meaning of the general classification of “places” offered by Aristotle in the *Topics*, on the basis of the “four predicables”, namely accident, genus, proper, and definition.

⁷⁰ *Topics* III 1, 116a 1-2.

- (2) “If one predicate is asserted of two subjects, then if it does not belong to the subject to which it is the more likely to belong, neither does it belong where it is less likely to belong; while if it does belong where it is less likely to belong, then it belongs as well where it is more likely”.⁷¹
- (3) “If justice is knowledge, then injustice is ignorance: and if ‘justly’ means ‘knowingly’ and ‘skilfully’, then ‘unjustly’ means ‘ignorantly’ and ‘unskilfully’; whereas if the latter is not true, neither is the former, as in the instance given just now – for ‘unjustly’ is more likely to seem equivalent to ‘skilfully’ than to ‘unskilfully’”.⁷²

These are “places”. Some of them are not unfamiliar to us: perhaps the reader recognized in (2) our mode of reasoning *a fortiori*, and in (3) one version of our *a contrario*. Each of these examples shows a particular argument, which is supposed to be an instance of a more general rule. But, as one can easily see in (3), this rule itself is not necessarily incontrovertible. It may be only “likely”, and its relevance to the case in point may also be questioned. This is one important difference with the deductive moods of the *Prior Analytics*, which are necessarily “true”. Thus, dialectical inferences are not only based on simply plausible premises, they also need not be conclusive.

But this is in fact the consequence of another, more fundamental difference: “topic” types of argument, general as they may be, still retain some elements of content, while the deductive moods of the *Prior Analytics* are purely formal (or, more precisely, they are syntactically formal. For, in a sense, it might be said that the universal “places” of the *Topics* are formal, as opposed to the more special arguments which are proper to some particular science; but the relevant form is “semantical” form). So the topic way of looking for premises must end in a limited kind of universality, while the analytical formulas are not only “more universal” than the places; in fact they are universal in an entirely different way. Between the *Topics* and the *Prior Analytics* Aristotle made a grand discovery: he discovered logical form.

I would like to go a little farther and try a plausible guess about how Aristotle, starting from the *Topics*, eventually came to his notion of formal models of deduction.⁷³ Places such as those I have described above, are in fact anagogic arguments (or arguments “by reduction”) which in principle in-

⁷¹ *Topics* II 10, 115a 6-8.

⁷² *Topics* II 9, 114b 8-13.

⁷³ I am freely drawing this hypothesis from a suggestion made (though on the basis of quite different pre-suppositions and concerns) by Hintikka 1993.

volve two distinct moves: (1) a “shift” from proposition T_2 (the *problema*) to proposition T_1 , and (2) an argument to make T_1 hold. The *Topics* concentrates on the first move, and seems to assume that the dialectician will somehow manage to have his opponent grant proposition T_1 . But Aristotle may have wondered how this could be done. The most immediate solution is that, in the course of a dialectical discussion, the opponent be asked: “Do you admit that T_1 , or not?” and give an affirmative answer. But one cannot be sure that this will work. So, Aristotle may have been led later on to contemplate the possibility of a special proof for T_1 , and then to find the device of the two premises with one common (middle) term.

A variant of this guess would be as follows. At a most abstract level, the general formula of a *topos* is: “if the proposition that you want to establish (or refute) has the form C (in which convenient variables are substituted for the terms referring to the special subject-matter), then it will be necessary and/or sufficient to establish another proposition of the form P , where the same variables occur and may be replaced by the relevant material terms”. Now this description, with one important but limited modification (i.e.: “... it will be sufficient to establish a pair of propositions P_1 and P_2 ...”), could fit the syllogistic figures; so that the figures could have been discovered as *topoi* of a certain sort, particularly effective but requiring the determination of an appropriate middle term.

Be that as it may, the discovery of purely formal models must have marked a turn in Aristotle’s philosophy of inference. From then on, the *Topics* was outclassed by the *Prior Analytics*; that is the reason why it was not properly integrated into the new analytical project. But neither was it altogether discarded, as we have seen. Why did Aristotle keep it alive? The most plausible answer is that he recognized its specific value as a means of finding new arguments. As we have seen, the “heuristic” parts of the *Prior* and *Posterior Analytics* are far from being as rich and fruitful as the *Topics*, because the *Topics* benefits from the resources of semantical analysis, while in the *Analytics* the “hunting” for premises or definitions draws mainly from past experience and memories of acquired knowledge,⁷⁴ or depend on the good luck of an “exact mind”.

⁷⁴ See *Pr. An.* I 27 ; *Post. An.*, I 34 and II 13.

References

- Barnes, J. (1984). *The Complete Works of Aristotle*, 2 vols. Princeton: Princeton University Press.
- Barnes, J. (1994). *Aristotle's Posterior Analytics*. Oxford: Clarendon.
- Brunschwig, J. (1981). "L'objet et la structure des *Seconds Analytiques* d'après Aristote", in Berti, E. (ed.), *Aristotle on Science. The Posterior Analytics*. Padova: Antenore, pp. 61-96.
- Brunschwig, J. (1967). Aristote, *Topiques* I-IV, éd. et trad. par J. Brunschwig. Paris: Les Belles Lettres.
- Burnyeat, M. (1981). "Aristotle on Understanding Knowledge", in Berti, E. (ed.), *Aristotle on Science. The Posterior Analytics*. Padova: Antenore, pp. 97-139.
- Corcoran, J. (1974). "Aristotle's natural deduction system", in Corcoran, J. (ed.), *Ancient Logic and its Modern Interpretations*. Dordrecht-Boston: Reidel, pp. 85-131.
- Crubellier, M. (2008). "Aristotle on the ways and means of rhetoric", in Gabbay, D.M., Canivez, P., Rahman, S. & Thiercelin, A., *Approaches to Legal Rationality*. Dordrecht: Springer.
- Crubellier, M. & Pellegrin, P. (2002). *Aristote. Le philosophe et les savoirs*. Paris: Seuil.
- Hintikka, J. (1993). "Socratic Questioning, Logic and Rhetoric", *Revue Internationale de philosophie* 184: 5-30.
- Lausberg, H. (1974). *Handbuch der literarischen Rhetorik*, 2 vols. München: Max Hueber.
- Łukasiewicz, J. (1957). *Aristotle's Syllogistic from the Standpoint of Modern Logic*, 2nd edition. Oxford: Oxford University Press.
- Mueller, I. (1974). "Greek Mathematics and Greek Logic", in Corcoran, J. (ed.), *Ancient Logic and its Modern Interpretations*. Dordrecht-Boston: Reidel, pp. 35-70.
- Smith, R. (1989). *Aristotle: Prior Analytics*. Translation and commentary by R. Smith. Indianapolis: Hackett Publishing Company.
- Weil, E. (1951). "La place de la logique dans la pensée aristotélicienne", *Revue de Métaphysique et de Morale* 56 (1951), pp. 283-315; English

translation: “The Place of Logic in Aristotle’s Thought” in Barnes, J., Schofield, M. & Sorabji, R.: *Articles on Aristotle*, vol. I, London (Duckworth) 1975, pp. 88-112.

Appendix: A general plan of the *Analytics*

1. *On Deduction*

1. 1 A general theory of deduction (*Prior Analytics*)

1. 11 Systematic exposition of the elements (or: “How deductions are constituted”, Bk I, 1-26) :

1. 111 Basic propositions and their conversions (I, 2-3)

1. 112 Construction of elementary deductions, non-modal (I, 4-7) and modal (I, 8-22)

(classified according to the three figures)

1. 113 Explanation of the structure of elements (I, 23-25)

1. 114 Another classification of elementary deductions: “which problems are easy / difficult to solve” (I, 26)

1.12. Heuristic (or: “How to find appropriate deductions for any proposed conclusion”, Bk I, 27-31):

1. 121 Precepts for the choice of premises (I, 27-30)

1. 122 Criticism of Plato’s “method of division” (I, 31)

1. 13 Analysis of existing processes of inference (Bk I, 32-3, and Bk II):

1. 131 Some precepts for the translation of natural-language sentences into “syllogistic” formulas (mainly negative precepts, i.e. aimed at avoiding errors) (I, 32-43)

1. 132 Cases of deductive inference that cannot be (or cannot be entirely) analysed (I, 44-45)

(A remark about negative conclusions– on the difference between “not being A” and “being not-A”, I, 46)

(A remark about universal and particular syllogisms, II, 1)

1. 133 Analysis of some remarkable cases of deduction (deduction of true from false, circular reasoning, reduction to impossibility) (II, 2-15)

1. 134 Analysis of some faults in arguing (in dialectical situations) (II, 16-21)

(Two remarks (II, 22):

- about cases in which these extremes are coextensive

- about axiological reasoning)

1. 135 Analysis of rhetorical models of inference (induction, example, *apagôgê*, objection, enthymeme) (II, 23-27)

1.2 Analysis of scientific deduction (or demonstration) (*Posterior Analytics*)

1. 21 Theory of science (Bk I)

1.211 Definition of science (I, 1-15)

1. 2111 Definition of science; statement of the “skeptical” objection “ (I, 1-3)

1. 2112 Further development of the definition: specific constraints for the premises of scientific demonstrations (I, 4-13) :

1. 21121 They must be necessarily true and universal (I, 4-9)

1. 21122 They must be ‘first’ (undemonstrable) and ‘proper’ (I, 9-12)

1. 21123 They must indicate the cause (I, 13-14)

(Remark: there are immediate negative propositions, I, 15)

1. 212 Analysis of ignorance (I, 16-18)

1. 213 The ideal demonstration (I, 19-26):

1. 2131 Demonstration of the possibility of a complete demonstration (= solution of the skeptical objection) (I, 19-23)

1. 2132 Comparison between the different types of demonstration: universal demonstrations are better than particular ones, affirmative better than negative and direct better than indirect (I, 24-26)

1. 214 Some consequences for the theory of science:

1. 2141 There are ordered series of sciences (I, 27-28)

1. 2142 There may be several demonstrations of the same proposition (I, 29)

1. 2143 Chance events and sensible facts are not objects of science (I, 30-31)

1. 2144 It is impossible that all demonstrations could have the same principles (?) (I, 32)

Two further remarks:

- *about science and opinion* (I, 33)

- *about "acumen"* (I, 34)

1. 22 Theory of definition (II, 1-13):

1. 221 The four objects of knowledge: the fact and the 'why', existence and 'what it is' (II, 1-2)

1. 222 A definition cannot be reduced to a demonstration (II, 3-7) ...nevertheless it can be analysed as the setting of an appropriate middle term (II, 8-10)

1. 223 The middle term indicates a cause (II, 11-12)

1. 224 Precepts for searching definitions (II, 13)

1. 23 The analysis of scientific problems (II, 14-18)

1. 231 General remarks (II, 14-15)

1. 232 Difficulties about the explanatory role of the middle term (II, 16-18)

2. *The discovery of the first principles of science, and how we know them* (II, 19)

Discurso estético y discurso político en la crítica* del modernismo hispanoamericano

Marcos Olalla**

Resumen

Analizamos en un sector del profuso *corpus* crítico del modernismo hispanoamericano algunas de sus tendencias. Destacamos en ellas su potencial para articular las dimensiones estética y política del fenómeno. Caracterizamos el modo como se ha tramado la relación entre tradiciones críticas diversas desde el nivel más elemental de la contraposición de aquellas dimensiones al nivel más complejo de su complementariedad, en un despliegue que permite establecer la pertinencia de un análisis que bascula entre el texto y su lugar de enunciación, al tiempo que habilita un diálogo entre los campos de la crítica literaria y los estudios culturales.

Palabras clave: modernismo, hispanoamericano, crítica, estética, política.

Abstract

Aesthetic and Political Discourse in the Critique of Hispano-American Modernism

This paper analyzes some of the trends in one sector of the extensive corpus of critique of Hispano-American Modernism. It highlights their potential to articulate the aesthetic and political dimensions of the phenomenon. It outlines the interweaving of the relationship between diverse critical traditions from the most elementary level of contrast to the most complex level of complementarity. This display allows for

* Recibido: junio 2017. Aceptado: julio 2017.

** Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina. Email: marcosolalla@gmail.com

establishing the relevance of an analysis that swivels between the text and its locus of enunciation, enabling a conversation between the fields of literary critique and cultural studies.

Keywords: Modernism, Hispano-American, Critique, Aesthetics, Politics.

La historiografía de América Latina señala a 1880 como índice del período caracterizado por la definitiva consolidación de sus Estados nacionales. La organización estatal latinoamericana se realizó bajo el signo de la administración y dominio oligárquicos. Las ideas liberales en materia política orientaron este proceso y promovieron la modernización de sus respectivas naciones. La modernidad latinoamericana se produjo mediante el ingreso a la economía mundial por vía de la exportación de materias primas. De este modo se configuraba su condición “dependiente” (Osorio, 2000: 55), uno de los rasgos específicos del itinerario modernizador del subcontinente. El despliegue de este proceso impactaría dramáticamente sobre la fisonomía de las élites latinoamericanas. Los letrados, un sector significativo de estas últimas, se verían particularmente afectados por los cambios sociales operados por la modernización, puesto que se establecían las condiciones para un desencaje de las élites políticas burguesas respecto de los operadores —en un tiempo inmediatamente precedente— de la construcción narrativa de la nacionalidad. El letrado finisecular, habiendo concluido con éxito su tarea cívica, debía mudar su función social.

La expresión de la búsqueda de un nuevo lugar de enunciación específico para el vector letrado en el campo artístico fue la consumación de un movimiento literario al que sus propios cultores denominaron “modernismo”. Su condición de expresión cultural del proceso de modernización; así como su contribución a la creación del momento de establecimiento de la autonomía del campo literario respecto del campo político; y su configuración como un documento de emancipación simbólica respecto de la tradición literaria hispánica; convierten a este fenómeno, en virtud de su alcance y riqueza, en cifra de la historia cultural latinoamericana.

Por ello, los modos de caracterización crítica del modernismo hispanoamericano constituyen documentos de un determinado estado del campo cultural en el momento de su enunciación, aún a sabiendas que se trata de un atributo de todo discurso. En efecto, la crítica del modernismo es singularmente rica en tomas de posición de fondo sobre los diversos modos de representación de la cultura de América Latina.

Miradas críticas

El modernismo hispanoamericano constituye la manifestación literaria de los procesos operados al interior de la cultura hispánica aproximadamente entre los años 1880 y 1920. La condición radicalmente heterogénea de sus recursos estéticos y de sus matrices ideológicas dificulta la construcción de una imagen unívoca del movimiento y amplía el campo de sus interpretaciones según las coordenadas utilizadas en su caracterización. La profusa crítica que da cuenta del fenómeno modernista obliga a recortar su campo en función de ciertos ejes que permitan desarrollar una síntesis consistente.

La crítica del modernismo ya había transitado cinco décadas para cuando el estudio de N. Davison (1971) sobre la crítica hispánica organizó su análisis sobre un criterio que ofrecía una cierta orientación. De los elementos que Davison caracterizaba como objetos de “consenso” en la crítica del modernismo podían desprenderse dos grandes tradiciones críticas que nutrirían sus tematizaciones. Una tradición que definía al modernismo en función de los recursos estéticos empleados, caracterizada como “estetismo”, y otra que pretendía reconstruir la sensibilidad histórica modernista, capaz de incluir el aporte tan profuso como contradictorio, de aquellos recursos, caracterizada como “epocal”. En el mismo momento en que lo hacía Davison fue publicado un estudio que reseñaba la bibliografía crítica del modernismo por parte de E. Barbará de Bittar. Ella resaltaba allí la divergencia de tradiciones en términos de una consideración del modernismo como escuela literaria o como “movimiento general de la cultura” (1970: 12).

Podemos observar también las oscilaciones de la crítica en las caracterizaciones del modernismo hispanoamericano junto al modo de historiarlo. El concepto y la historiografía del modernismo fueron, en las primeras décadas de su estudio, los problemas fundamentales de una crítica cuyo entramado resultaría continuamente redefinido¹.

La tendencia inicial de la crítica hacía partir al modernismo de la publicación del *Azul* de Rubén Darío, hacia 1888. Entre los rasgos específicos adscritos al movimiento se señalaba cierto carácter cosmopolita, gran originalidad literaria, así como también la apropiación de todo lo moderno europeo, de entre lo cual destacaba la influencia de la literatura francesa (Cfr. Arellano, 1993: 28-29).

¹ Además de los trabajos de Davison y Barbará de Bittar tenemos en cuenta el artículo de Luis Monguió (1974: 10-22) para diagramar un posible itinerario de caracterización de un corpus extremadamente amplio, en cuyo análisis resulta imposible avanzar sin reflejar una cierta arbitrariedad.

El mismo año de la publicación de *Azul* Juan Valera en sus *Cartas americanas* examinaba la escritura de Rubén Darío, cuya originalidad de estilo, su espíritu cosmopolita, su cultivado acervo literario, añadido a su elogiosa percepción de lo moderno europeo, se habría encontrado destinada a crear una escuela al cobijo de cierto afrancesamiento, condenada, por tanto, a expresar la inmoralidad y el pesimismo de la señalada impronta (1915: 272).

Manuel Machado en *La guerra literaria* se mantenía en un tipo de caracterización textualista del modernismo, aunque introduciendo un matiz distinto a aquel que reduce el sentido interno de lo literario al estilo. La referencia era la obra modernista como objeto de una posición del escritor al interior del campo literario de orientación anárquica. El modernismo venía a ser la liberación por parte de esta generación de escritores de los anteriores dogmatismos (1913:32).

Manuel Gálvez señalaba como rasgo distintivo de la producción modernista, la reconversión del lenguaje literario en función de una virtual descomposición del componente retórico de la poesía. Ese lenguaje expresaba una musicalidad que exigía un modo distinto de fluidez. Asimismo, determinaba fuertemente su creciente relevancia por cuanto la poesía se transformaba de ejercicio retórico a vehículo de cultura (1961: 19).

A una cierta distancia de las posiciones destacadas precedentemente se encuentra la lectura que del modernismo realizara el cubano Juan Marinello en su *José Martí, escritor americano: Martí y el modernismo* (1958) y *Sobre el modernismo: Polémica y definición* (1959). La ubicación de su lectura resulta paradójica en el escenario de la crítica del modernismo. Desplegaba un análisis de las condiciones de producción de la obra modernista, pero le asignaba una relevancia exclusivamente estética. Dicha asignación suponía la postulación de una cierta defeción ideológica. Así, una forma de lectura del modernismo apegada a la teorización del vínculo entre la obra y su contexto social de producción aparecía como paradigma de la lectura “estetista” (Davison, 1971: 75 ss.) del movimiento. Las claves formales de la renovación modernista pasaban, según el cubano, por una pretensión de superación de lo previo en términos de novedad formal, como elaborada experimentación, en el marco de un rechazo por las tradiciones hispánicas y la afirmación de valores estéticos de cuño francés. El presunto apoliticismo modernista se convertiría en un tópico característico del discurso crítico antimodernista (Cfr. Maíz, 2007: 97ss.). Aquel tópico daba cuenta de que el foco estaba puesto en las innovaciones estrictamente formales de la literatura y por lo mismo se interpretaba a dicha producción como una forma de desenganche de su coyuntura política.

El carácter estético del discurso modernista no inhibía, sin embargo, un particular modo de codificación de la cultura ni las formas en las que ésta impacta sobre las aspiraciones de los distintos sujetos sociales. Ya en 1899, en el ensayo *Rubén Darío* el crítico y escritor uruguayo José E. Rodó pretendía dar cuenta de cierta trabazón entre los rasgos literarios y los culturales en el modernismo. Resultado de este cruce era la percepción por la cual el lenguaje modernista estaba profundamente vinculado a excéntricos refinamientos, a un cosmopolitismo exquisito y a un fuerte personalismo de sus cultores, no exento de anarquismos idealistas ni de cierta amoralidad (1956: 155).

En esta línea se desarrollarían las lecturas de Manuel Ugarte (1908) y de Rufino Blanco Fombona (1929). La crítica de Ugarte evaluaba la potencialidad política del discurso estético modernista en función de sus posibilidades de representación de la nacionalidad continental. Para el venezolano, en tanto, el modernismo incluía rasgos específicamente americanos. Dicho movimiento evolucionaría hacia una resolución latinoamericana de su original afrancesamiento. De modo que, al par de las innovaciones formales, el modernismo era considerado como expresión de la identidad latinoamericana en el horizonte de un discurso político de integración. Esta modalidad de la crítica modernista tendía a enfatizar la relevancia de la presencia en esta corriente de temas latinoamericanos.

En el marco de esos desplazamientos de la crítica, se sostenía que el modernismo hispanoamericano era la expresión estética americana de la crisis cultural de fin de siglo, suscitada por las proyecciones del proceso de modernización capitalista en la región. Federico de Onís en el artículo titulado “Sobre el concepto del modernismo” [1953] (1974: 35 ss.) sintetizaba una posición que perfilaba desde la década del 30 en diversos textos y que se encontraba destinada a convertirse en una inflexión para la crítica del modernismo. Onís caracterizaba al modernismo como una profunda revolución en toda la cultura hispánica en la que esta última imprime rasgos originales a un “movimiento universal”. Así, es posible para el crítico español comparar al modernismo hispanoamericano con el Renacimiento español, tesis que, por otra parte, había sostenido Alberto Zum Felde (1921: 203). El grado de inclusividad así previsto en esta interpretación del modernismo obligaba a tematizar las relaciones de éste con la generación española del 98; dirección muy fructífera para la crítica en los años que siguieron a la formulación de la tesis epocal, tanto para afirmar sus vínculos en la línea antes citada —tal es el caso de la obra de Ricardo Gullón *Direcciones del modernismo* (1963)— como para determinar sus diferencias. En esta concepción se encuentra el clásico texto de Guillermo Díaz Plaja, *Modernismo frente a Noventa y ocho*

(1951), deudor de las intuiciones que previamente desarrollara Pedro Salinas [1939] (1949: 13-25). No obstante, esta última dirección tiende a reduplicar la divergencia entre estetismo y epocalismo para atribuirle el primer carácter al modernismo y el segundo a la generación del 98, en un movimiento que anulaba las tensiones al interior del propio modernismo, provocando una nueva simplificación, oportunamente cuestionada por Rafael Ferreres [1955] (1964)².

Hay evidencias que dan cuenta del carácter precursor de una lectura semejante por parte de Juan Ramón Jiménez, también a partir de los años 30, y cuya exposición sistemática se daba en *El modernismo; notas de un curso (1953)* (1962). Para el escritor español el modernismo estaba lejos de ser un conjunto de recursos formales por lo mismo que las influencias en este marco perdían la relevancia otrora adquirida. Los usos de tales elementos por parte de los modernistas se comprendían en sentido aleatorio como orgánicos a una determinada “actitud” frente a la belleza y esta última, sedimentada en la poesía de talante burgués del siglo XIX. El “entusiasmo” y la “libertad” de experimentación estética es lo que caracterizaría al modernismo en el marco de esa orientación de la crítica.

La lectura de Alberto Zum Felde en *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura* tendía a morigerar la representación libertaria del modernismo por cuanto le despojaba de su arraigo social. Caracterizaba a dicho movimiento como una síntesis de recursos provenientes del parnasianismo, el decadentismo y el simbolismo; escuelas que poseían en común la búsqueda de nuevas experiencias literarias que se desplegaban en un registro psicológico, en desmedro de su cauce estético o político. El modernismo aparecía como la expresión de una transición conductual consecuente con el rechazo a las formas del pasado (1930: 17).

La transición así caracterizada por el crítico uruguayo había sido propuesta unos pocos años antes por Erwin Mapes en su análisis de las influencias francesas en la obra de Rubén Darío, asumiendo la posibilidad de dicho proceso en virtud de un cierto afrancesamiento de las letras castellanas, no en orden a señalar meras influencias, sino en función de determinar el modo como la apropiación modernista de la estética de cuño francés daba cuenta originalmente de aquella transición (1925: 108).

² Ferreres señalaba que existía una evidente comunidad de “temas, técnica estilística, preocupaciones literarias, artísticas, políticas y religiosas” entre los autores modernistas y los de 98 (1964: 83-84). La dificultad de la crítica española para establecer qué autores ibéricos se encontrarían en un dominio u otro del campo literario, constituiría una evidencia de que el modernismo fue una expresión de la renovación que atravesó la totalidad de dicho campo a fines del siglo XIX y principios del XX.

A principios de los años cuarenta Pedro Henríquez Ureña [1949]³ (1980: 212) afirmaba que la disciplina técnica apropiada por los modernistas desde las influencias europeas constituía una liberación americanista del tradicionalismo romántico. Poco más de una década después Max Henríquez Ureña [1954] (1962: 30), por su parte, definía el talante modernista en términos de una renovación formal, por un lado, y de una renovación espiritual, por otro. Así, además de las influencias parnasianas y simbolistas en el orden formal, debía reconocerse la impronta humanista de los modernistas expresada en su fuerte cosmopolitismo, una forma de idealismo destinado a convertirse en percepción trágica de la vida.

El crítico cubano Iván Schulman (1969, 1987) reconocía en la tradición que iba de F. de Onís a M. Henríquez Ureña la virtud de revalorar la obra modernista en función de su significación estética, filosófica y social, por cuanto dicho movimiento abría una multiplicidad de experiencias ligadas a una vocación libertaria que se expresaba en la revisión de los parámetros estilísticos, lingüísticos y doctrinarios precedentes. En este orden de cosas, el discurso que cristalizaba de modo cabal en la obra de Darío resultaba posibilitado por la promoción de un cambio estético e ideológico iniciado por José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera y reflejaba su espíritu renovador, su preocupación filosófica e ideológica y su pluralidad estética.

En la década del sesenta la lectura política de la literatura argentina realizada por David Viñas contribuyó de modo decisivo a la caracterización del modernismo en términos de su problemática relación con el orden estatal. Viñas [1964] (1996), problematizó el contexto de producción del modernismo hispanoamericano en términos de “crisis de la ciudad liberal”. La literatura de la generación del ochenta argentina, fue cultivada por “gentlemen” (9), que se ocuparon de ella como una cuestión periférica. Este dato constituyó el antecedente desde el que los modernistas habrían reconocido el complejo estado de la relación entre literatura y poder. La especificidad modernista en la resolución de esta relación se hallaba atada a una serie de conflictos socio-políticos y culturales irreductibles a los esquemas tradicionales de la producción literaria. Este orden de cosas habría dado lugar al surgimiento de movimientos literarios de raíz latinoamericana que expresaban las fracturas del sistema de la cultura, como consecuencia del afianzamiento del proceso modernizador y que, por lo mismo, tendían a representar su presente sobre el fondo de dos universos antagónicos: la tradición cultural y la modernización burguesa. La creciente diferenciación

³ La primera edición de este texto se realizó en inglés en 1945 por la Universidad de Harvard y es resultado de sus cursos sobre la materia en Cambridge entre los años 1940 y 1941.

modernista de ambos extremos de aquella dicotomía explicaba la presencia en su discurso de contradicciones, ambivalencias, equívocos y ambigüedades (40), que habilitaban la razonable reserva respecto de la viabilidad de la atribución de una única matriz ideológica para esta formación cultural. Esta reserva sería enfáticamente destacada, poco más de diez años más tarde, por el influyente artículo de Carlos Real de Azúa sobre la ideología del modernismo [1977] (1986). Las tensiones inherentes a la autorrepresentación modernista de su rol histórico exigía una caracterización, que al par de señalar sus contornos, diera cuenta de sus soportes discursivos. El crítico argentino avanzó en la determinación de las filiaciones políticas del modernismo con intuiciones que luego serían desarrolladas con mayor sistematicidad por la crítica latinoamericana en las décadas siguientes⁴.

Al tiempo que Real de Azúa publicaba su célebre artículo, Saul Yurkievich contribuía al campo de la crítica del modernismo con un texto de significativa relevancia (1976)⁵, en el que afirmaba que las condiciones objetivas de producción de la obra modernista daba cuenta, no tanto de la circunstancia que rodeaba a la misma, como de una percepción particular del mundo que, aun con su consecuente epocalidad, se revelaba como “efectividad estética”. Entre los elementos que a juicio del escritor argentino expresaban esta percepción se encontraba la voluntad de ruptura, y con ello, la conciencia de que se estaba operando una transformación de la literatura en lengua española. Dicha ruptura movilizaba una sensibilidad transgeográfica propia del “arte de 1900”. En este contexto resultaba fundamental el grado de inflexión que para la producción modernista poseía la promoción del cosmopolitismo, en lo que constituía, un discurso de matriz metropolitana. Todos los recursos necesarios para describir la inherente mutabilidad del mundo moderno eran utilizados por los modernistas, promoviendo de este modo cierta complejización del signo poético. Por otra parte, la profesionalización de la literatura latinoamericana constituía un efecto ineludible del desarrollo de la sensibilidad así desplegada. La actitud consciente y programática, en términos de las experiencias de autonomía y ruptura del modernismo respecto de tradiciones previas, acercaban al movimiento al lenguaje del “manifiesto”, tan caro a la vanguardia posterior.

⁴ No obstante, la ausencia de la referencia a la obra de Viñas en la crítica literaria latinoamericana posterior se explica por carecer de una proyección continental, como bien lo ha destacado Gonzalo Aguilar (2010: 157).

⁵ Los estudios de Yurkievich sobre el modernismo incluyen su trabajo titulado *La moviediza modernidad* (1996).

Otra de las expresiones de la crítica del modernismo que se halla en la línea de interpretación aquí reseñada es la obra de Rafael Gutiérrez Girardot (1983, 1987). Para el crítico colombiano el modernismo hispánico respondía a los efectos de dos procesos: la integración de Hispanoamérica y la disolución de la sociedad tradicional en el marco de la formación de la sociedad burguesa. Como consecuencia del cruce de estos procesos en el ámbito de la literatura hispanoamericana se produjo una renovación en la autocomprensión del artista al interior de la estructura social, la promoción de una interpretación secularizadora de la vida, así como una lectura de la misma mediada por la experiencia urbana.

Para el crítico argentino Noé Jitrik el modernismo debía comprenderse como un momento de la historia de la escritura en América Latina en la que éste opera como una impugnación radical de la cultura poética de su tiempo en dirección de una superación de la concepción contenidista de aquella. Tal experiencia de la inflexión operada en la modificación de la materia poética daba cuenta de las rupturas con aquella tradición. En esta constelación estético-política encontraba sentido un rasgo fundamental del sistema modernista, como es la promoción de la “originalidad”. Este rasgo constituía el eje sobre el que se concebían diversos procedimientos de “subjetivación” en torno del cual los atributos del sujeto, lejos de incorporarse a un registro unívoco que funcionaba como núcleo integrador, tendía a favorecer su dispersión. Este movimiento constituía un recurso que, al par de poner de manifiesto el proceso de “profesionalización” del escritor en su proceso de delineamiento de su rol en la estructura social, expresaba la pretensión política inherente a la forma del discurso modernista (Jitrik, 1987: 51 ss.).

El sistema modernista resultaba una expresión ideológica que remitía a la conformación de una figura nueva del intelectual respecto de los rasgos que el siglo XIX le asignaba. Si bien la *ratio* fundamental de la que da cuenta dicho sistema se hallaba en la configuración globalizante del capitalismo en la que América Latina se insertaba, su condición dependiente instalaba un registro propio en el vínculo relativamente idéntico que se daba en el régimen económico de los países centrales entre subjetivismo y capitalismo. Así, el esquema agrario de la producción latinoamericana funcionaba como fondo para una inscripción revolucionaria de la “fabricación” subjetivadora modernista. Ésta última, en tanto, se ofrecía como modelo, desde la escritura, para la modificación de las condiciones materiales de producción. Jitrik se separaba de una representación determinista del modernismo puesto que revelaba la productividad de la experiencia modernista de “subjetivación” como horizonte de

una forma de acción que, si bien operaba sobre la escritura, deconstruía un orden de cosas cuya sedimentación tendía a inhibir el carácter dinámico de la historia. Afirmaba el crítico:

Y, en la acción, acaso los modernistas recuperan la “subjetividad”, pero ya no como argumento histórico filosófico sino como espacio de un “sujeto” que se constituye en su movimiento de producción, como haciendo oposición, desde la subjetividad constituida, al marco en el que yace socialmente la palabra, sometiendo a un pasado que perdura en ella y que viene de las formas de explotación económica; esa palabra sujeta, no subjetivizada, cuyo imperio el modernismo viene a quebrantar, frena el “deber ser” que desde una conciencia histórica puede ser previsto, alentado y esperado (1978: 9).

El rechazo de los valores burgueses desde una concepción aristocratizante, no desprovista de gestos anarquistas, la aplicación de diversos modelos estéticos europeos como esfuerzo de adelanto cultural e invocación epocal y el desarrollo de un lenguaje nutrido de una gran riqueza acentual y rítmica, eran tópicos comprendidos al interior de un discurso caracterizado por su condición de operador de un proceso de subjetivación intuido como fuente de una *praxis* crítica, cuyas proyecciones políticas resultaban regularmente examinadas.

Para Jitrik, la presencia del “subjetivismo” daba cuenta de la condición poética de la incorporación de una matriz política liberal que operaba como ideología del “industrialismo fabril” (120) y que intentaba ser articulada con una vocación autonómica ligada al reacomodamiento de la figura del intelectual. Si esta matriz se revelaba eficaz como recusadora de los componentes arcaicos de la tradición cultural, resultaba incapaz de integrar en su representación de la hora histórica elementos contradictorios, como son, por un lado, el carácter emancipatorio de la promoción de “originalidad” en el campo de las producciones culturales y, por otro, la condición dependiente de la incorporación de América Latina al régimen económico que daba sentido a las proyecciones políticas del discurso modernista. En tal caso, la experiencia de esta contradicción promovía la configuración de un elemento simbólico compensatorio que poseía como dato de origen la imposibilidad de un desarrollo satisfactorio de las fuerzas políticas que habilitaban una reforma estructural de esta índole⁶.

⁶ “[E]n nuestros países, en donde nace y algo significa el modernismo, lo más entrañable de los conceptos que permiten la reestructuración del capitalismo europeo y que desembocan en una ideología del industrialismo fabril, no encuentra condiciones para una aplicación inmediata; como tampoco hay posibilidades de una elaboración sólo queda el camino de la aceptación indiscriminada. El grado de modificación es escaso,

El modernismo se presentaba como una “revolución poética” que integraba diversas matrices estéticas en su esfuerzo de acceder a la universalidad negada por la tradición literaria latinoamericana. Sobre el fondo de dicha pretensión se comprendía la afinidad de su código artístico con el desarrollo del liberalismo político, aunque éste no constituyera un límite preciso del espacio ideológico en el que se movía⁷.

La obra del crítico uruguayo Angel Rama (1983) supuso una verdadera inflexión crítica por cuanto sistematizó el análisis del cruce entre el campo literario y el campo del poder. Su lectura del fenómeno modernista ofreció una visión que por consistente no era menos matizada. En ella el crítico comenzaba por dar cuenta del carácter autonomizador de la obra modernista inaugurando con ello lo que Rama caracterizó como “conciencia reflexiva del arte” (78). Los modernistas eran conscientes que la autonomía del campo literario sólo podía consumarse a fuerza de una verdadera decodificación de aquellas ideas que el arte movilizaba, objeto de la perpleja percepción cotidiana y fruto, por tanto, de la experimentación en dicho campo. Este paso fundamental constituyó la definitiva superación del apego romántico al registro meramente expresivo de la literatura.

Los planteos modernistas políticamente más orgánicos respecto de las demandas de su tiempo se posicionaron en el horizonte americanista, en el marco de un cosmopolitismo cuyo guiño al programa unificador mundial capitalista resultaba evidente. Sin embargo, esa percepción no fue obstáculo para una crítica del rol de América Latina en tal escenario. Las representaciones de Latinoamérica fueron diseccionadas por los modernistas en un innegable gesto cosmopolita, que no supuso sin más una forma de despolitización de la problemática, sino que constituyó una cierta “búsqueda dentro de la alienación” (89) que aquel programa efectivamente suscitara. La pluma modernista avanzó en clave crítico-desacralizadora de los valores burgueses todavía emergentes. La irreverencia no era mera impostura en este sentido, sino un

salvo en el plano de la ideología en el que se advierte un pasaje bastante espectacular de un tipo de vida criolla y patriarcal, relativamente religiosa, a un estilo aristocratizante y superficialmente descreído, en el que la ciencia y la cultura juegan el papel de necesario barniz” (Jitrik, 1978: 120).

⁷ Sohyun Lee estima que la contradicción en la que se funda la mirada modernista sobre el presente atiende más a la percepción del fracaso de la ideología liberal para producir el progreso material postulado para América Latina que a la invocación desde la escritura de una fase industrialista del capitalismo todavía ausente. “En vista de que la diferencia que divide a las dos sociedades —la materialista anglosajona y la idealista latinoamericana— se hacía cada vez más grande, resurge con mayor fuerza la contradicción con la que había partido el pensamiento modernista: desear y devaluar al mismo tiempo el desarrollo material que nunca se dará en América Latina” (2004: 97).

discurso crítico sostenido por un registro moral cuyo principio articulador fue la postulación de la unidad que haría posible la superación de las contradicciones y la fragmentación de la sociedad latinoamericana.

En este contexto la tematización en clave hedonista que el modernismo realizó de la subjetividad adquirió un nuevo significado. Lejos de constituir una aristocrática evasiva, se manifestó como crítica a la creciente “inhumanidad” de aquel proceso en el que el modernismo, aunque críticamente, estaba inserto. Así también, avanzó, no exento de contradicciones, en dirección de una democratización estética. En efecto, la revolución operada por el lenguaje poético del modernismo constituyó el espacio para una nueva integración, la del “decir americano” (99).

La democratización funcionaba como el significante que daba cuenta del carácter universal de las demandas de un sujeto social emergente. La tonalidad burguesa de aquella se nutrió de expresiones culturales que fungieron como dispositivos políticos. En este orden de cosas, el proceso democratizador operado en América Latina a partir de 1870 como fruto de la expansión económico-imperial puso de manifiesto, por un lado, la segmentación de los extremos en disputa y, por otro, el grado de violencia vinculado a su irrupción (Rama, 1995a: 120). Los intelectuales ligados a la tradición aristocrática de la cultura latinoamericana percibieron aquel proceso como amenaza⁸. Si frente a ella la intelectualidad patricia se apoyaba en un discurso nacionalista, era evidente, para otros agentes del campo cultural, que aquella coyuntura exigía otros modos de representación. Ésto explicaba la recurrencia de la evocación del carácter transicional presente en la imagen epocal de los modernistas.

La historicidad operante en la autorrepresentación de los autores ligados al modernismo instalaba el relato sobre el pasado en el registro de la transformación simbólica y material de la que se concebían como agentes y develadores. De este modo, desarrollaron una incorporación ecléctica de recursos que nutrieron el relato, en virtud de cuya interpretación el presente se asumía como horizonte de democratización. Rama mostró, sin embargo, que tales recursos estaban inscriptos en una matriz tradicionalista que inhibía los elementos morales y políticos más revulsivos en beneficio de una actitud contemplativa (127). Para el crítico uruguayo el discurso modernista puso en

⁸ “La modernización burguesa y dependiente acarrea una democratización que desquiciaba los valores establecidos y chocaba con los hábitos elitistas de la vida intelectual latinoamericana” (Rama, A., 1995a: 121). Esta línea de interpretación ha sido desplegada en el estudio crítico de Graciela Montaldo sobre este período de la producción literaria latinoamericana titulado *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y modernismo* (1994).

juego una lógica que “enmascaraba”⁹ los dispositivos culturales inherentes a las formas de dominación tradicional e imperial bajo un ropaje democratizador (Rama, 1985c).

Con todo, resultaba innegable la ampliación del lenguaje poético realizada por los modernistas en dirección de una creciente anexión del lenguaje natural, aunque incorporado en una “aristocrática selección lexical” (Rama, A., 1995b: 86). En tal sentido, la democratización, concebida en términos descriptivos como documento de ascenso social, daba cuenta de la emergencia de los sectores medios, todavía incapaces de “modificar el encuadre fijado drásticamente por el ejército y la oligarquía comerciante” (89). Rama comprendió las manifestaciones culturales de esta forma específica de emergencia como “modernización literaria” (90) y la circunscribió al período que va de 1870 a 1910.

La modernización ofreció las condiciones para la configuración de un movimiento intelectual creador del “sistema literario latinoamericano” (87) que, al tiempo que fundaba en su conciencia de la autonomía del campo literario su discurso estético, provocó un deslizamiento del rol del intelectual latinoamericano de la participación política directa a la constitución de la figura de conductor espiritual de la nación (71). Se profundizó así la sacralización de la función cognitiva desplegada en torno de la explicación del sentido del proceso histórico por parte de este selecto grupo de cultores de la inteligencia (92).

Los estudios que Rama dedicó al modernismo contribuyeron a la comprensión de la tensión entre los registros estético y político que atravesaron la producción literaria del período. En la tradición iniciada por F. Onís, continuada, pero también muy enriquecida, por I. Schulman (1969, 1987), I. Zavala (1992), C. Real de Azúa (1986), L. Litvak (1980), G. Montaldo (1994), G. Kirpatrick (2005), R. Gutiérrez Girardot (1983, 1987), N. Jitrik (1968, 1978, 1987), A. Rama (1983, 1985a, 1985b, 1985c, 1995a, 1995b), J. Franco (1971), J. Ramos (1989), A. J. Pérez (1995), Miguel Gomes (2002) y muchos otros, se configuró un registro de análisis que era capaz de reconocer aquellas tensiones en términos de un esfuerzo de articulación de los datos ideológicos y los tópicos estéticos.

⁹ “También aquí la democracia era un disfraz que no dejaba de ser real y disfrutable, por más que hubiera encontrado la convergencia oculta entre la tradición autoritaria que tenía siglos en el continente y el nuevo orden económico que propiciaban los imperios de la hora. De tal manera que la América Latina que se incorporaba ancilarmente a la economía-mundo occidental sumaba al guardarropas universal que proponía la sociedad europea una sección propia de máscaras” (Rama, A., 1995a: 128).

Modernismo hispanoamericano y subalternidad

Un campo que ha dialogado de modo fructífero con los estudios literarios y la historia de las ideas es el de los estudios culturales. En efecto, el inicio del despliegue de este campo se comprendió como una ampliación del concepto de cultura en la escena de las señaladas disciplinas. Nos interesa destacar la inflexión de la crítica cultural latinoamericana en la problematización del fenómeno modernista como un aporte a la trayectoria seguida por aquellos estudios que hicieron foco en la dimensión política del discurso modernista en términos de su identificación de las estrategias hacia dentro y hacia fuera del campo literario de las intervenciones modernistas.

Como hemos indicado previamente, la profusa gama de experimentos formales en la producción literaria modernista hacía difícil la determinación de una síntesis del movimiento en términos estéticos y por otro lado, una versión más preocupada por las condiciones históricas de su formación se encontraba frente a la imposibilidad efectiva de realizar una síntesis ideológica en virtud de la diversidad de opciones políticas desplegadas por los modernistas (Real de Azúa, 1986). En tal contexto se tendía a converger en una definición matizada de esta última versión de la crítica del modernismo, que le atribuía como núcleo de esta impronta literaria una actitud comprometida con la crisis cultural de fines del siglo XIX y que se habría extendido hasta las primeras décadas del siglo XX, explicando de este modo la búsqueda formal modernista al par de su manifiesta heterogeneidad. Esta trayectoria fue caracterizada por la crítica de la cultura latinoamericana Iris M. Zabala. La conclusión de la teórica, en la línea de una radicalización de la dirección abierta por Onís, aseguraba, para el modernismo, la posesión de un carácter antiautoritario, socialista y anticolonial (1992: 129 ss).

En el espectro crítico del proyecto poscolonial la cuestión del modernismo hispanoamericano estaba particularmente presente en la crítica del latinoamericanismo de Santiago Castro Gómez que se conoció en la influyente obra *Crítica de la razón latinoamericana* (1996). El filósofo colombiano cuestionaba la imagen emancipatoria del modernismo identificando en su discurso una cierta reafirmación del legado abierto por la kantiana categoría de “estética de lo bello” (137).

Para Zavala el perfil subjetivo de quienes encarnaban el modernismo constituiría una experiencia de los márgenes de la sociedad latinoamericana al interior del proceso modernizador burgués de fines del siglo XIX y principios del XX. Así, confluían en esta corriente proyectos de matriz bohemia,

anarquista y feminista, produciendo narrativas de talante emancipatorio, cuyo objeto era la construcción de una sociedad desalienada, emancipada de las coerciones de la razón instrumental (1992: 108 ss).

Este rasgo, para Castro Gómez, constituía la confirmación de que los textos modernistas se integraban en la promoción de un tipo de sociedad cercana a la que postula la estética de lo bello. En efecto, la tendencia a la unidad y la armonía en la estética de lo bello y en el modernismo le imprimiría el sello de burguesa a aquella crítica contra el sentido instrumental de la modernización y su carácter homogeneizador. Todavía más, la autopercepción modernista de su condición fundacional en la autonomización del campo literario, sería una señal de organicidad con la modernidad en sentido weberiano.

Si bien Castro Gómez atribuía razón a Zavala respecto del potencial crítico del modernismo hacia las direcciones del proceso modernizador latinoamericano¹⁰, el modernismo se habría desarrollado sobre la base de una dinámica moderna consistente en la promoción de diversas formas de invocación de “unidad” que contribuirían al desarrollo de dispositivos disciplinarios.

El crítico colombiano se apoyaba en la crítica de A. Rama para realizar su proyecto de deconstrucción de la historia de las ideas latinoamericanas representada en los trabajos de Leopoldo Zea y Arturo Roig, quienes habrían desarrollado una narrativa de la autoconciencia continental con materiales procedentes, exclusivamente, de las formas de representación letrada, agencia privilegiada de cognición de la cultura latinoamericana. En este orden el saber se imponía como el espacio donde la relación significante-significado se resolvía, promoviendo un cierto “primado de la representación” (Castro Gómez, 1997, 124).

¹⁰ Un estudio que va en la dirección emprendida por Zavala y que contribuyó a la consolidación de una imagen en buena medida contestataria del modernismo hispanoamericano, por la vía de fijar sus rasgos críticos en la categoría de “modernidad estética”, fue realizado por el crítico rumano Matei Callinescu hacia fines de la década del ochenta [1987] (1991). La literatura latinoamericana de la modernidad intentó explicitar su problemática relación con el poder estatal mediante una gesticulación del giro hacia la autonomización del campo literario. Dicha autonomización obedeció a los patrones clásicos de la racionalidad moderna, al tiempo que fungió como una forma de diferenciación respecto del discurso que regulaba las prácticas político-institucionales de aquella. El proyecto “modernizador” apareció como antagonista de la modernización literaria. Callinescu caracterizó este fenómeno como “dos modernidades”: una modernidad que alude a la cultura generada en torno al desarrollo de los progresos científicos-tecnológicos, la revolución industrial y el capitalismo, denominada “modernidad burguesa”; la otra “modernidad como un concepto estético”, cuya impronta antiburguesa se plasmó como “pasión negativa”. Esta ruptura funcionó como germen para una categorización al interior de la literatura misma. Una literatura “filistea”, orgánica a la reproducción de los intereses burgueses y una literatura “revolucionaria” que no se definía por su contenido ideológico sin más, sino en función de una “afirmación agresiva de la total gratuidad del arte” que operaría como provocación al gusto burgués (1991: 50-55).

El grado de reflexividad aquí supuesto como rasgo ineludible de la producción cultural latinoamericana moderna le había permitido a Rama ocuparse de las prácticas literarias vinculadas a los saberes humanísticos y al modo como éstos operaban hegemónicamente (1985a: 27). La condición normativa de la escritura, estrechamente relacionada con la construcción de las nacionalidades latinoamericanas, habría determinado fuertemente el carácter disciplinario de la sociedad liberal.

Los márgenes del relato normalizador, cuyo objeto era la incorporación de América Latina a la dinámica del capitalismo internacional, quedaban integrados en el mismo. Castro Gómez destacaba el carácter reflexivo de la escritura modernista como una dimensión estructural, entre cuyos efectos se encontraría la configuración de una “gramática social” moderna en la que se pretendía representar a la sociedad como una totalidad, frente a la cual el sujeto de dicha representación se representaba a sí mismo.

La subjetividad del letrado no preexiste a la consolidación de la escritura como espacio de representación, sino todo lo contrario es “producida” desde la representación misma (Castro Gómez, S., 1997: 126).

Así, el siglo XIX vio nacer el objeto de conocimiento “sociedad” y, vinculado a ello, se promovieron saberes cuya mirada clínica tuvo una ostensible presencia en el campo cultural del período. Dichos saberes hallaron sentido en el hecho de “auscultar panópticamente [el] alma —del enfermo—” (127). El letrado se constituiría en profeta de los iletrados y su anuncio: la impronta reflexiva de la escritura. Ella habría promovido tanto saberes como formas de subjetividad vinculadas a la reflexividad.

Castro Gómez introdujo respecto del crítico literario uruguayo un matiz consistente en una ampliación de la noción de reflexividad hacia ámbitos no sólo cognitivos. La noción de reflexividad cognitiva aparecía demasiado ligada al “paradigma cognitivo-instrumental”, no permitiendo detectar narrativas contrahegemónicas en el marco de la ciudad letrada. Así como esta última forma de reflexividad venía determinada por las demandas del sistema, en cuyo seno los roles son formulados por expertos, la reflexividad que Castro Gómez llamaba “hermenéutica” daba cuenta de la posibilidad, para ciertos discursos, de reconocer su exclusión del sistema representacional (130).

Estos grupos, aun cuando no pertenecieran a las élites, se vinculaban a la ciudad letrada en virtud de la creciente urbanización modernizante. Por ello se debía reparar en un efecto crítico de la modernidad en América Latina. Por otro lado, la experiencia de la exclusión no fue sólo vivida por tales grupos,

sino por agentes inconformes de la ciudad letrada. El carácter de “otro” de estos últimos, en función de sus diferencias sexuales, políticas y sociales, determinaba fuertemente el sentido reflexivo de tal experiencia de la alteridad, promoviendo con ello “políticas contrahegemónicas de representación”. El filósofo colombiano llamó “reflexividad estética” a dicha experiencia (131).

La incorporación de esta especificidad en la crítica de Castro respecto de la matriz ramiana no inhibió la impugnación de la aspiración modernista de “armonía”. Este juicio se nutrió de la diferencia entre lo bello y lo sublime en la filosofía de E. Kant. En efecto, para Kant, lo bello de la naturaleza estaba señalado por la forma del objeto, es decir, por el carácter limitado del mismo, consecuente con su condición de concepto indeterminado del entendimiento. Mientras que lo sublime revestía el carácter de lo ilimitado de modo que había de hallarse en dicha representación un objeto desprovisto de forma en razón de lo cual constituía, a diferencia de lo bello, un concepto indeterminado de la razón. El modo de placer así determinado poseía como sentimiento, en el caso de lo bello, la vitalidad vinculada a los aspectos lúdicos de la imaginación. Lo sublime configuraba una experiencia de lo ilimitado en el objeto, al mismo tiempo como placer y como rechazo, en virtud de lo cual era caracterizado por Kant como placer negativo. Lo bello natural consistía en la conformidad entre su representación artística y el objeto natural. La naturaleza estructural de la señalada concordancia permitía al filósofo de Königsberg hablar en sentido metafórico de una cierta predestinación para nuestra facultad de juzgar. Lo sublime, pensado en términos naturales, se revelaba como falta de aquella facultad, como violencia respecto de la imaginación, en su pertinaz intento de representación. Lo que se presentaba, aunque en el modo incierto de la incitación, era la misma sublimidad y con ella la forma de la capacidad de juzgar, cuya inconformidad revelaba su ánimo (Kant, 1992:160).

La especificidad de la experiencia modernista se habría resuelto, para el colombiano, en el marco de la lógica de la “conformidad”. En efecto, el rechazo modernista a los valores de la burguesía se habría dado al interior de un discurso que poseía como horizonte la idea de una cierta “armonía preestablecida”. Así, el rechazo a la política imperialista norteamericana sobre América Latina, una de cuyas expresiones fue la reacción a la intervención estadounidense en Cuba en 1898, vendría de la mano de la glorificación de la “cultura latina”. En consonancia con esta percepción, se habría asumido un sesgo aristocrático como ideal de vida del artista. Las intuiciones estéticas de éstos les convertirían en privilegiados agentes de la huida de los intereses técnico-económicos. Para Castro Gómez, el proyecto modernista de representación de la cultura latinoamericana, fundado en la afirmación de

la posibilidad de cognición de esta síntesis cultural, se vería refrendado por imágenes homogeneizadoras de la historia. Así debía comprenderse la idea rodoniana de retorno a una cierta “edad de oro” en su *Ariel*. En este discurso la armonía preestablecida habría funcionado como criterio de determinación para la construcción de una imagen unívoca de lo latinoamericano que se correspondería con el lugar de enunciación aristocrático del modernismo. La lógica de la conformidad que atravesaría esta noción de armonía convertiría a la producción modernista en una forma de despliegue de una matriz ideológica conservadora. Según Castro Gómez, esta inconsecuencia del modernismo en cuanto discurso alternativo al programa modernizador hegemónico, en virtud de su vinculación a la promoción de principios armonizadores del ser y deber ser latinoamericanos, prepararía el camino a la formación de regímenes autoritarios.

El proyecto crítico de Castro Gómez nos permite vislumbrar un aporte metodológicamente relevante para el análisis de las producciones culturales latinoamericanas en su dilucidación de los cruces entre discurso estético y discurso político. Sin embargo, ofrece una sobreinterpretación del fenómeno que extrapola la perspectiva del crítico a su objeto. Atribuye a la creación la perspectiva del lector y la juzga así deficitaria. Comprender al modernismo exclusivamente como discurso normalizador y como mecanismo disciplinario supone desconocer las tensiones y heterogeneidades propias de las múltiples expresiones de un *corpus* extenso. La historización de los antagonismos que tensionan el discurso modernista constituye la condición de una crítica de la cultura capaz de descubrir en sus textos los diversos registros que expresan las múltiples formas de la conflictividad.

Como hemos señalado, la tensión entre un modo de caracterización esteticista y una lectura más atenta a la dimensión política de la producción literaria latinoamericana de fines del siglo XIX y principios del XX atraviesa las diferentes formas de síntesis crítica del modernismo. En una dirección, para resolverla en el predominio de un registro sobre el otro. En otro itinerario, para asegurar su condición estructural. En esta última línea hemos destacado diversas formas de problematización de aquella tensión; desde una crítica que hace foco en el lugar de enunciación del discurso literario y que, por lo mismo, da cuenta de los límites políticos de la identificación inmediatamente emancipatoria del ejercicio de la autonomía del campo cultural; hasta la perspectiva que destaca las contradicciones relativamente estructurales entre las pretensiones emancipatorias del modernismo y los dispositivos disciplinarios sobre los cuales se comprende.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, Gonzalo (2010). “David Viñas, la crítica literaria y el cierre del pasado histórico”, en *Prismas*, N° 14.
- Arellano, Jorge Eduardo (1993). *Azul...de Rubén Darío. Nuevas perspectivas*. Washington D. C.: Organización de los Estados Americanos.
- Barbará de Bittar, E. (1970). “Introducción I”, en Zuleta, Emilia (dir.), *Bibliografía anotada del modernismo*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Blanco Fombona, Rufino (1929). *El modernismo y los poetas modernistas*. Madrid: Mundo Latino.
- Callinescu, Matei (1991). *Cinco caras de la modernidad*. Madrid: Tecnos.
- Castro Gómez, Santiago (1996). *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona: Puvill.
- Castro Gómez, Santiago (1997). “Los vecindarios de la ciudad letrada. Variaciones filosóficas sobre un tema de Ángel Rama”, en Moraña, Mabel (ed.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.
- Davison, Ned (1971). *El concepto de modernismo en la crítica hispánica*. Buenos Aires: Nova.
- Díaz Plaja, Guillermo (1951). *Modernismo frente a Noventa y ocho*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ferreres, Rafael (1964). *Los límites del modernismo y del 98*. Madrid: Taurus.
- Franco, Jean (1971). *La cultura moderna en América Latina*. México: Joaquín Mortiz.
- Gálvez, Manuel (1961). *Amigos y maestros de mi juventud (Recuerdos de la vida literaria)*. Buenos Aires: Hachette.
- Gomes, Miguel (2002). *Estética del modernismo hispanoamericano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Gullón, Ricardo (1963). *Direcciones del modernismo*. Madrid: Gredos.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1983). *Modernismo*. Barcelona: Montesinos.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1987). “La literatura hispanoamericana de fin de siglo”. En: Iñigo Madrigal, Luis, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo II, Madrid: Cátedra.

- Henríquez Ureña, Max (1962). *Breve historia del modernismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro (1980). *Obras completas*. Tomo X. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- Jiménez; Juan Ramón (1962). *El modernismo, notas de un curso*. Madrid: Aguilar.
- Jitrik, Noé. (1978) *Las contradicciones del modernismo*. México: El Colegio de México.
- Jitrik, Noé. (1987) “El sistema modernista (o rubendariano)”. En: Schulman, Iván (ed.), *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus.
- Kant, Emmanuel (1992). *Crítica de la facultad de juzgar*. Caracas: Monte Ávila.
- Kirpatrick, Gwen (2005). *Disonancias del modernismo*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Lee, Sohyun (2004). “El modernismo hispanoamericano: una nueva civilización para una nueva raza”. En: *Divergencias. Revista de Estudios Lingüísticos y literarios*, Volumen 2, N° 2.
- Litvak, Lily (1986). *El modernismo*. Madrid: Taurus.
- Machado, Manuel (1913). *La guerra literaria (1898-1914)*. Madrid: Imprenta Hispano-Alemana.
- Maíz, Claudio (2007). “El modernismo hispanoamericano. Expresiones diversas de un rechazo. En: *Cuadernos de Cátedra Miguel de Unamuno*, 44.
- Mapes, Erwin K. (1925). *L'influence française dans l'œuvre de Rubén Darío*. París: Librairie Ancienne Honore Champion.
- Marinello, Juan (1958). *José Martí, escritor americano: Martí y el modernismo*. México: Grijalbo.
- Marinello, Juan (1959). *Sobre el modernismo: polémica y definición*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Monguió, Luis (1974). “Sobre la caracterización del modernismo”. En: Castillo, Homero, *Estudios críticos sobre el modernismo*. Madrid: Gredos.
- Montaldo, Graciela (1994). *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y modernismo*. Rosario: Beatriz Viterbo.

- Pérez, Alberto Julian (1995). *Modernismo, vanguardia, postmodernidad. Ensayos de literatura hispanoamericana*. Buenos Aires: Corregidor.
- Onís, Federico de (1974). “Sobre el concepto de modernismo”. En: Castillo, Homero, *Estudios críticos sobre el modernismo*. Madrid: Gredos.
- Osorio, Nelson (2000). *Las letras hispanoamericanas de fines del siglo XIX*. Murcia: Universidad de Santiago de Chile – Universidad de Alicante.
- Rama, Ángel (1983). *Literatura y clase social*. México: Folios.
- Rama, Ángel (1985a). *La ciudad letrada*. New Hampshire: Ediciones del Norte.
- Rama, Ángel (1985b). *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil.
- Rama, Ángel (1985c). *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Rama, Ángel (1995a). “La democratización enmascaradora del tiempo modernista”. En: Rama, Ángel, *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, selección y prólogos de Saul Sosnowski y Tomás Eloy Martínez.
- Rama, Ángel (1995b). “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”. En: Rama, Ángel, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, selección y prólogos de Saul Sosnowski y Tomás Eloy Martínez.
- Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Real de Azúa, Carlos (1986). “Modernismo e ideologías”. En: *Punto de Vista*, Año X, N° 28.
- Rodó, José Enrique (1956). *Obras completas*. Buenos Aires: Antonio Zamora.
- Salinas, Pedro (1949). “El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus”. En: Salinas, Pedro, *Literatura española. Siglo XX*. Mexico: Robredo.
- Schulman, Iván (1969). *Martí, Darío y el modernismo*, Madrid: Gredos.
- Schulman, Iván (comp.) (1987). *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus.
- Ugarte, Manuel (1908). *Las nuevas tendencias literarias*. Valencia: Sempere.

- Valera, Juan (1915). *Obras completas*. T. XLI. Madrid: Imprenta Librería Alemana.
- Viñas, David (1996). *Literatura argentina y realidad política. De Lugones a Walsh*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Yurkievich, Saúl (1976). *Celebración del modernismo*. Barcelona: Tusquets.
- Yurkievich, Saúl (1987). “El sujeto transversal o la subjetividad caleidoscópica”. En: Schulman, Iván (ed.), *Nuevos Asedios al modernismo*. Madrid: Taurus.
- Yurkievich, Saúl (1996). *La movediza modernidad*. Madrid: Taurus.
- Zabala, Iris M. (1992). *Colonialism and Culture. Hispanic Modernisms and the Social Imaginary*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Zum Felde, Alberto (1921). *Crítica de la literatura uruguaya*. Montevideo: Maximino García.
- Zum Felde, Alberto (1930). *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada.

Convocando a Gramsci en América Latina. A propósito de un *punto de convergencia* en la teoría social en la Argentina contemporánea: Silvio Frondizi y José Aricó*

Juan Jorge Barbero**

Resumen

Moviéndonos en la dimensión disciplinar de la sociología política, articularemos en este trabajo ciertos aportes que entre las décadas de 1960 y 1990 esgrimieron los marxistas críticos argentinos Silvio Frondizi y José Aricó. A modo de hipótesis, consideramos que estos aportes pueden ser productivamente vinculados a las temáticas de la “traducibilidad de los lenguajes científicos y filosóficos” y del “constituyentismo”, tratados por Antonio Gramsci en distintos momentos de su trayectoria político-intelectual pero fundamentalmente en sus ya míticos *Cuadernos de la cárcel*. En el lapso que va de la Revolución Cubana de 1959 a las transiciones a la democracia en América latina en los últimos decenios del siglo XX, lo expuesto por Frondizi y Aricó apunta a desarrollar todo el potencial de la cuestión de la soberanía popular, estructurando así una promesa aún muy débilmente considerada tanto en la cultura como en la política.

Palabras clave: Traducibilidad de los lenguajes, constituyentismo, soberanía popular, municipio, ciencia política.

Abstract

Moving to the discipline of political sociology, we will articulate certain contributions of the critical Argentine Marxists, Silvio Frondizi and José Aricó, whose primary writings spanned the decades of 1960s to the 1990s.

* Recibido: noviembre 2017. Aceptado: diciembre 2017.

** Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires, Argentina. Email: juanjorgebarbero@hotmail.com

As a hypothesis, we will consider that these contributions can be productively linked to the themes of the “translatability of scientific and philosophical languages” and of “constitutionalism”, referred to by Antonio Gramsci at different moments of his political-intellectual trajectory, but fundamentally in his already legendary Prison Notebooks.

In the period from the Cuban Revolution of 1959 to the transitions to democracy in Latin America in the last decades of the 20th century, what Frondizi and Aricó have set out to develop is the full potential of the notion of popular sovereignty.

Keywords: Translatability of languages, constitutionalism, popular sovereignty, municipality, politics science.

1

Dejándonos orientar por piezas del Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel* (por ejemplo, por las notas 81 y 162 del Cuaderno 6, la 2 del Cuaderno 7 y la 55 del Cuaderno 8) (Gramsci, 2000), en las que las temáticas de la “traducibilidad de los lenguajes científicos y filosóficos” y del “Constituyentismo” sobresalen (sin omitir otros aspectos que se presentan afines y complementarios con esas temáticas), en este trabajo abordamos aquello que observamos, en términos de hipótesis, como un estimulante *punto de convergencia* entre ciertos escritos de los intelectuales argentinos Silvio Frondizi (1907-1974) y José Aricó (1931-1991), dándose particularmente esta convergencia en los criterios con que ambos estudiosos buscan producir transformaciones profundas de la cultura socialista y de las condiciones histórico-sociales en el contexto argentino/latinoamericano de su tiempo, pretendiendo tomar estas transformaciones la forma de una imbricación entre peculiares concepciones al interior de las tradiciones democrática y socialista.

Para el desarrollo de nuestra hipótesis, estimamos productivo fijar un vínculo estructural entre el punto de convergencia de Frondizi y Aricó y el tramo de la nota 4 del cuaderno 15 de los *Cuadernos de la cárcel*, en donde Gramsci, dando pautas para colocarse en el punto neurálgico de la ciencia política, enfatiza que es preciso decir que los primeros en ser olvidados son justamente los primeros elementos, las cosas más elementales; por lo demás, éstas, repitiéndose en infinidad de ocasiones, acaban deviniendo pilares de la política y de cualquier acción colectiva. Y el primer elemento es que existen realmente gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos. Toda la ciencia y el arte de la política tienen su base en este hecho primordial, irreductible (en

el marco, ciertamente, de determinadas condiciones generales). Los orígenes de este hecho son un problema en sí mismo y en sí mismo deberá ser estudiado (al menos, podrá y deberá estudiarse cómo atenuar y hacer desaparecer el hecho, cambiando aquellas condiciones identificables como actantes en este sentido), pero permanece el hecho de la existencia de dirigentes y dirigidos, de gobernantes y gobernados.

Y hace desprender de este criterio el siguiente interrogante:

[...] al formar dirigentes es fundamental la premisa: ¿se quiere que existan siempre gobernados y gobernantes, o bien se quieren crear las condiciones en las que la necesidad de existencia de esta división desaparezca?, es decir, ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano o se cree que ésta es sólo un hecho histórico, que responde a ciertas condiciones? (Gramsci, 2000: 175-176).

Este fragmento gramsciano puede muy bien representar la base de sustentación de nuestro anclaje en los análisis que Frondizi expusiera (en las décadas de 1960 y 1970) en relación a la revolución cubana y a variados aspectos de la historia argentina, y en los que Aricó desplegara (entre 1976 y 1991) en relación a la temática de la “transición a la democracia”. En los trabajos de estos destacados exponentes del “marxismo crítico” argentino, el punto de convergencia gira en torno al señalamiento de potencialidades del territorio municipal como instancia necesaria (de ningún modo suficiente, pero necesaria) de construcción hegemónica socialista, de despegue de un proceso de reconfiguración *laica e inmanentista* (para usar palabras y sentido gramscianos) de la soberanía popular, pretendiendo alcanzar el contenido humanista de un “desarrollo integral de la personalidad humana”.

2

Para Frondizi, en Argentina el golpe militar de Onganía, de junio de 1966, evidenciará “consecuencias tremendas: los tres comandantes militares se declararon titulares del poder constituyente, mostrando por primera vez en el país una verdad en forma descarnada: la de que el pueblo nunca fue el titular del poder constituyente” (Frondizi, 2014: 31). Finalmente, ni el radicalismo ni el peronismo habían dado a las clases populares el poder constituyente, descansando aquí parte central del origen de la larga crisis política que Frondizi viene diagnosticando desde la primera mitad de la década de 1940, entendida como crisis estructural del Estado burgués-liberal ante el avance de la sociedad de masas. En los años 1956/57, en el contexto de la proyectada re-

forma constitucional en la Argentina, cuando “la derogación por decreto, por el gobierno *de facto*, de la constitución de 1949, [...] ha colocado al país en un verdadero estado de asamblea”, cree que “la próxima convocatoria de una convención constituyente ofrece una excelente oportunidad para propugnar reformas de fondo, que la pongan a tono [a la Constitución] con el progreso alcanzado por el mundo y el país en el terreno económico-social y político” (Fronidzi, 2014: 23). En la Argentina de 1956/57, Frondizi veía que la crisis del Estado burgués-liberal había desembocado en un desembocado proceso de desintegración nacional, debiendo el desarrollo de la reforma constitucional:

[...] en lo social y político, [...] facilitar el ascenso del pueblo al control del Estado. La primera reforma que en este sentido es necesario realizar es derogar el artículo 22 de la Constitución, que establece, como es sabido, que el pueblo no delibera ni gobierna sino por intermedio de sus representantes. Entiendo, por el contrario, que el pueblo debe deliberar y gobernar por sí mismo. [...] Esta debe ser la regla general; y la excepción, la delegación de poderes (Fronidzi, 2014: 24).

El advenimiento de la Revolución cubana de 1959 ahondará en Frondizi su vocación por superar el estancamiento en cuestiones de soberanía en la realidad latinoamericana. Desde 1946, Frondizi consideraba que la flamante formación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional era síntoma de una nueva instancia de desenvolvimiento de un capitalismo que se revolucionaba a sí mismo, con una lógica interna que lo orientaba tendencialmente hacia lo que muy creativa y tempranamente llamará “integración mundial capitalista”. Estados Unidos devenía rector de esta nueva fase del capitalismo y la dinámica del Plan Marshall fortalecía su rol de “potencia integradora” (Fronidzi, 2014: 13). En este nuevo marco de fuerzas internacionales debía reconquistar su lugar y reconfigurarse la siempre obstaculizada noción de soberanía popular, y es de sus estudios sobre la revolución cubana de 1959 de donde Frondizi desprende la siguiente idea, con la cual lleva adelante un ejercicio de traducción del lenguaje político: “Esperamos que esta experiencia se desarrolle también en nuestro país, a través de la lucha para afirmar la fundamental autonomía de las municipalidades. El movimiento de Córdoba así lo preanuncia” (Fronidzi, 2014: 23).

Ante la ineludible exigencia de internacionalizar el oleaje revolucionario, no se debía copiar o calcar la modalidad revolucionaria cubana, sino traducir su lenguaje mediante el reconocimiento de las diferentes realidades nacionales latinoamericanas. De este modo, era el municipio el que podía erigirse en

punto de partida para que el “estado de asamblea” en Argentina se canalizara hacia nuevas formas de intervención pública y fuera el resorte de una transformación social integral. Las energías populares del 17 de octubre de 1945 no habían encontrado en el país vías de sustanciación para sus más heréticas cualidades, mientras las intervenciones militares de 1955 y 1962 (sumadas al particular significado de la proscripción del peronismo) no hacían más que colocar en el centro de la escena, de manera a la vez violenta y grotesca, la “crisis de la democracia”, dentro de la cual la burguesía nacional exponía en carne viva su caducidad histórica. Parafraseando a un Gramsci que a principios de los años sesenta ya ocupa un lugar en sus escritos (que se hará explícito a principios de 1963), Frondizi subraya que “el país se encuentra a mitad de camino entre un sistema que agoniza y otro nuevo que comienza a nacer. Ello produce la desaparición de pautas firmes y aceptadas para interpretar la realidad y guiar las conductas de individuos y grupos” (Frondizi, 2014: 168). En resumen, el país vivía una crisis de hegemonía. Para el Frondizi de la década de 1960, en la “caducidad de la burguesía nacional” no podía no concentrarse la crisis de la historia argentina en su globalidad, que había ido adquiriendo con progresiva y conflictiva firmeza, desde mediados del siglo XIX, la forma del “centralismo burocrático”, producto de una conjugación de procesos de concentración económica, política y militar. De este modo, el proyecto de Frondizi anima un programa de reconstrucción nacional (de ningún modo nacionalista, en todo sentido universalista), con el legado federalista brindando una suerte de criterio general de proyección popular, tendiente a que “los pueblos argentinos” puedan darse mecanismos de autodeterminación, superadores del “centralismo burocrático” (Frondizi, 2014: 26). Pero el legado federalista se extrema hasta verse superado, creando con la noción de “autodeterminación popular” una nueva corriente de estudios en materia de derecho político y nuevas posibilidades prácticas de soberanía popular. Así, la pluma de Frondizi no puede ser más intensa ni estar más cargada de expectativas en la capacidad de iniciativa de las masas:

El hombre de pueblo ha debido reemplazar a la burocrática e incompetente acción municipal actual, con organizaciones populares que cubran, en los aspectos más urgentes, las necesidades locales de los barrios y villas. La labor de estas organizaciones populares, llamadas sociedades de fomento o vecinales, expresan –en uno de sus aspectos principales- nuestra confianza en el futuro del país. Es precisamente a través de organizaciones populares de este tipo –por supuesto que ampliando las esferas de su acción- en donde podremos hallar el mecanismo que permita al pueblo organizarse, luchar y dirigir. Partiendo del control de las organizaciones locales, de éstas al municipio, del

municipio a las provincias y luego a toda la Nación, el hombre de pueblo, el trabajador, podrá ejercer efectivamente su papel de dirigente y lo hará en un régimen que, entonces sí, merecerá llamarse democrático (Frondizi, 2014: 160-61).

Todo ello en parte se apoya en una política general, en la que el uso del legado gramsciano queda al descubierto: “Debe impulsarse y dar dirección ordenada al ascenso de las masas y a la hegemonía de los trabajadores en la conducción de la economía, del Estado y de la vida social en su conjunto” (Frondizi, 2014: 160). De este modo, “autodeterminación popular y humana”, “sociedades de fomento”, “democracia auténtica”, son sólo algunas de las expresiones que se tornan viables para Frondizi si logran insertarse en una serie virtuosa de círculos concéntricos, que obtengan su primera y más elemental articulación en la dimensión municipal y se muestren capaces de ampliar cada vez más “su esfera de acción”, adquiriendo así un sentido acabado aquella rutilante idea, escrita al regreso de su viaje a Cuba: “Ha llegado el momento del triunfo de la concepción roussoniana, a través de la praxis marxista” (Frondizi, 2014: 27).

3

Tomamos al editorial del primer número de la revista *Controversia*, editado desde México en octubre de 1979, como punto de arranque para evaluar las transformaciones que este intelectual cordobés realiza en su itinerario de investigación, subrayando las profundas reconfiguraciones y reactualizaciones que, con ciertas precisiones, intentará dar a la cuestión de la hegemonía en el contexto latinoamericano, con especial acento en Argentina. El reconocimiento de “una derrota atroz” de las clases populares argentinas en el transcurso de la primera mitad de la década de 1970, “que no sólo es la consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra propia incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política” (Vargas, 1979: 2), se incorpora al programa de un cambio morfológico de la cultura socialista, no resultando esto viable si se continua recorriendo “el camino de siempre, si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creemos adquiridos de una vez para siempre, para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad” (Vargas, 1979: 2).

Para Aricó el destino de América Latina “se llama democracia”, pero sin embargo lejos está de aceptar el contenido de las “transiciones a la democracia” que en el subcontinente se viene corporizando:

Cuando se afirma que los cambios son necesarios pero que es preciso esperar momentos de mayor tranquilidad para hacerlos, se supone que se puede alcanzar la ‘tranquilidad’ sin el cambio. En mi opinión ésta es una de las formas de soñar con los ojos abiertos, porque se afirma en una creencia que rechaza las lecciones de los hechos y desplaza a un futuro imprevisible una necesidad del presente. Es difícil imaginar la consolidación de un Estado de derecho en la Argentina sin introducir cambios en la estructura del Estado y de la sociedad que den respuestas a las demandas de intervención colectiva que desbordan las limitaciones y flaquezas de las instituciones del constitucionalismo liberal clásico (Aricó, 1986: 15).

Siguiendo esta lógica, ¿podría crearse, con la riqueza que ampliamente se le reconoce al criterio gramsciano de hegemonía, una combinación productiva entre las tradiciones democrática y socialista?, ¿podría el núcleo mismo del Estado de derecho verse penetrado por el torrente de aquella combinación y ser involucrado y transfigurado en un proceso de cambios estructurales? Ni las diferentes vertientes del liberalismo, ni el marxismo-leninismo, ni el populismo, ni la socialdemocracia pueden brindar respuestas satisfactorias a estas preguntas, y precisamente por razones tan contundentes como éstas nos encontramos, para Aricó, nada más y nada menos que ante una “crisis de civilización”. En este sentido, en 1991, no dudará en decir que Argentina “ha cambiado, y no para bien, por supuesto”, puesto que soporta “una crisis general y profunda que atraviesa a toda la sociedad, descompone tejidos sociales y culturales, degrada la política y estimula una atmósfera generalizada de renuncia a una proyectualidad fuerte y visible” (Aricó, 1991: 6) y sin embargo los estudios sociales no logran volar alto en relación a las primeras exigencias democráticas, tendiendo

[...] a analizar más lo que existe, lo ya dado, lo que finalmente ha acabado por imponerse, que las alternativas que en la realidad se presentaron para que pudieran imponerse procesos efectivos de democratización y socialización progresiva de las sociedades latinoamericanas. En definitiva, buena parte de la reflexión teórica e histórica estuvo dedicada más al análisis de los vencedores que a la indagación de las alternativas que no pudieron resolver en su favor los vencidos (Aricó, 1985: 4).

Pero el esfuerzo de acentuada innovación que Aricó demanda a las corrientes críticas de los estudios sociales en las transiciones democráticas, de ningún modo niega el rescate de experiencias que, ubicadas en diferentes momentos de la Guerra Fría, aportaron elementos valiosos para la conquista de una integración dinámica entre democracia y socialismo. La innovación implica ejercicios de traducibilidad de experiencias políticas. Por ejemplo, por traumático que haya resultado el aplastamiento de determinadas experiencias en Europa del este, para Aricó es especialmente llamativo que:

[...] en toda esta discusión actual sobre democracia y socialismo, mientras se habló de muchas cosas, otras pasaron bastante ignoradas. Una de ellas es que la discusión más tensa, pero con enormes posibilidades de resolución positiva en el plano de la política, fue la que comprometió a socialistas y comunistas europeos –y no sólo a ellos, pues el ‘browderismo’ debe ser también colocado en este terreno- a fines de la segunda guerra mundial. En los años 1945-1947, los procesos de transición encarados en los países de Europa oriental partían de la unidad socialista y comunista (no organizativa, sino política y de objetivos), para proponerse la construcción de una democracia avanzada (‘nueva democracia’) con base en las reformas de estructuras y el pluralismo político [...] Rechazado el modelo soviético como único y excluyente, el método democrático aparecía como connatural al proceso de transición hacia una forma de sociedad autorregulada (Aricó, 1980: 15).

La “sociedad autorregulada” que esgrime Aricó se desprende directamente de la noción gramsciana de “sociedad regulada”, como aquella instancia a la que se aspira desembocar luego de un proceso largo, de núcleo eminentemente dilemático, en el cual la actividad tanto de la sociedad política como de la sociedad civil se presentaría intensamente activa y en el que el complejo entramado de entrecruzamientos institucionales y sociales se iría desplegando junto a “un sistema de principios que afirma como objetivo del Estado su propio fin, su propia desaparición, o sea, la reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil” (nota 127 del Cuaderno 5) (Gramsci, 2000: 346). Las experiencias frustradas de Europa oriental y la noción gramsciana de “sociedad regulada” son ensambladas por Aricó, al mismo tiempo que son señaladas las diferencias constitutivas entre las sociedades modernas en Europa y en América Latina, haciendo de este especial señalamiento el mismísimo fundamento histórico desde el cual proyectar una imbricación democrático-socialista inédita:

La ruptura del orden constitucional español y portugués abrió el camino a una rápida fragmentación de la unidad territorial colonial y a la configuración de un agregado de estados formalmente soberanos que ya a mediados del siglo XIX había definido en gran parte sus fronteras nacionales. Sin embargo, resultaría imposible encontrar en este proceso de construcciones estatales algo idéntico o semejante a lo ocurrido en Europa, por ejemplo. La transformación de las nacionalidades en estados-naciones soberanos, característica dominante del siglo XIX en Europa, suponía como sujeto de la transformación a grupos humanos definidos previamente como ‘nación’, esto es, definidos por una historia con la que se sentían identificados por una cultura común, por una idéntica composición étnica y, cada vez más, por una lengua que reconocían como propia [...] El caso de América Latina ofrecía la singularidad de que, existiendo en parte, ninguna de las características distintivas del proceso europeo parecieron caracterizar al nuestro [...] Excepto el caso de Cuba –no por casualidad tan tardío–, donde por diversas razones la lucha independentista adquirió las características de un movimiento fuertemente enraizado en las masas populares, en el resto de los países latinoamericanos la construcción ‘nacional’ tendió a ser durante un largo período un hecho puramente estatal, protagonizado por minorías defensoras de intereses sectoriales y sin voluntad nacional, y caracterizado por la ilustrativa continuidad de las delimitaciones territoriales coloniales en los nuevos estados independientes [...] En América Latina, por tanto, el proceso aparecía invertido, de manera tal que la ‘nación’ no resultaba ser el devenir estado de una nacionalidad irredenta sino la construcción de una realidad inédita (Aricó, 1980b: 100).

De este modo, las “transiciones a la democracia” en la América Latina del último cuarto del siglo XX (en las que, para Aricó, la recuperación del pensamiento del peruano José Carlos Mariátegui debe insertarse estratégicamente) se vuelven el teatro de operaciones que, intentando impedir que el elemento popular sea cauterizado por las “instituciones del constitucionalismo liberal clásico”, innoven con dispositivos institucionales portadores de un nuevo modo de gobernar, permitiendo que “los electores decidan sobre programas y personas”, renovando las instituciones de representación y de delegación, hasta que la legitimación de los proyectos y de las construcciones políticas hagan del “consenso vinculante de los electores” (Aricó, 1990: 9) un aspecto clave de su base de sustentación.

Para Aricó, en este esfuerzo de imaginación sociológica que aspira a ir más allá de tradiciones políticas en pleno proceso de descomposición (que intenta, incluso, redescubrir ese espíritu experimental que ha sido patrimonio de las corrientes más osadas y creativas de la cultura socialista argentina)

descansa otro punto decisivo de la reconfiguración de la conciencia colectiva, objetivo mayúsculo que deberá perseguir el futuro movimiento democrático-socialista latinoamericano:

Las ideas de soberanía popular, de federalismo, de regionalismo y poderes locales, de democracia directa y de municipalidades, de traspaso a la sociedad (y digo a la sociedad y no a las corporaciones) de funciones hoy asumidas por un Estado omnívoro, son estas ideas, y todas las otras que van en la misma dirección de una democracia social avanzada, las que debieran constituir el banco de prueba de las tradiciones intelectuales existentes, las que debieran fundirse en ese crisol de matrices que propugno. Mi preocupación por el marxismo se sitúa precisamente aquí. Por eso podría decirte en qué sentido cambió mi pensamiento en la última década. Si en un comienzo intenté pensar América Latina desde el marxismo, hoy me interesa mucho más ver qué efectos sobre una matriz ideológica tan perfecta, tan expresiva de una voluntad de progreso como fue y es el marxismo, tuvo una realidad irreductible a sus paradigmas. Más que el marxismo en sí, lo que hoy me interesa es lo que potencialmente encierran estos pueblos en su imaginario colectivo, en su memoria histórica, que pueda servir para la reinención de América, de una América democrática y socialista (Aricó, 1986).

4

A modo de conclusión, consideramos que este punto de confluencia en las propuestas de Frondizi y Aricó atesora una verdadera “promesa” (Wright Mills, 1961: 23) en el terreno de la teoría social en la Argentina contemporánea, aún no registrada en todos sus términos ni en el campo cultural ni en el campo político. En el terreno temporalmente más acotado de las ciencias sociales en la Argentina pos-dictatorial, dos libros han tenido la virtud de abrir una vía de investigación para que esta promesa pueda ser conocida y evaluada: ellos son el del historiador Horacio Tarcus, titulado *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña* (Tarcus, 1996) y el del filósofo Raúl Burgos, titulado *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente* (Burgos, 2004).

En todo caso, de una fusión entre el folleto de Frondizi “Bases y punto de partida para una solución popular”, de 1961 (Frondizi, 2014: 149), y el artículo de Aricó “Recuperar la memoria de las experiencias comunales: sobre el socialismo municipal” (Aricó, 1991b: 19), de 1991, podrá comprenderse que una valorización del territorio municipal conlleva al menos una doble y deci-

siva implicancia: por un lado, la severa advertencia de no caer en la “pequeña política” que, como la sombra al cuerpo, acompaña al criterio municipalista; por otro lado, la creación de capacidades, en los ámbitos moleculares de la inteligencia popular, que posibiliten la identificación crítica de los múltiples hilos que conectan la vida del hombre común con la dinámica de un capitalismo mundialmente integrado. Dicho de otro modo, Frondizi y Aricó nos invitan a la creación de esa atmósfera de “gran política” que puede crear la conexión del barrio con un horizonte de dimensiones internacionales, más aún, cosmopolitas.

Referencias bibliográficas

- Aricó, José (1980). “Ni cinismo ni utopía”, en *Revista Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, N° 9/10.
- Aricó, José (1980b). *Marx y América latina*. Lima: CEDES.
- Aricó, José (1985). “Prólogo”, en Labastida Martín del Campo, Julio (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América latina*. México: Siglo XXI.
- Aricó, José (1986). “Una oportunidad de ponernos al día”, en *La Ciudad futura*, N° 2.
- Aricó, José (1990). “¿Hay formas socialistas de resolver la crisis urbana?”, en *Punto de vista*, N° 48.
- Aricó, José (1991). “Para abrir un debate amplio y desprejuiciado”, en *La Vanguardia*, N° 1024.
- Aricó, José (1991b). “Recuperar la memoria de las experiencias comunales: sobre el socialismo municipal”, en *La Ciudad futura*, N° 28.
- Burgos, Raúl (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vargas, Hugo (ed.) (1979). “Editorial”, *Revista Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, N° 1, octubre 1979, México.
- Frondizi, Silvio (2014). *La integración mundial, última etapa del capitalismo (y otros escritos)*. Buenos Aires: Peña Lillo/Continente.
- Gramsci, Antonio (2000). *Cuadernos de la cárcel*. México: Era.

Tarcus, Horacio (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El cielo por asalto.

Wright Mills, Charles (1961). *La imaginación sociológica*. México: FCE.

Propuesta editorial

La *Revista de Humanidades de Valparaíso* (RHV) es editada por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Valparaíso desde el año 2013. Su periodicidad de publicación es bianual de artículos inéditos y reseñas bibliográficas del área de la filosofía, además de trabajos con enfoques filosóficos sobre el arte y literatura. La RHV publica en cuatro idiomas (castellano, portugués, inglés y francés), no se suscribe a ninguna doctrina particular y está abierta a artículos de diferentes perspectivas filosóficas y con un alcance internacional.

Los trabajos que se envíen a la RHV deben ser inéditos y que no hayan sido remitidos simultáneamente para su publicación a otra revista impresa o electrónica.

Los trabajos se someterán al arbitraje de dos pares externos bajo la modalidad “doble ciego”, velando de este modo la plena confidencialidad tanto de los evaluadores como de los autores de los trabajos enviados. En caso de dictámenes opuestas de los árbitros (uno a favor y otro en contra de publicar el trabajo), los editores someterán el trabajo al dictamen definitivo de un miembro del Consejo Editorial.

La RHV recibe trabajos en castellano, portugués, francés e inglés.

Los trabajos pueden ser enviados en cualquier época del año y serán publicados por orden de aceptación y de acuerdo al número de artículos previsto para la publicación de cada número.

Los derechos de los trabajos publicados pertenecen a sus autores.

Los autores que publiquen en RHV recibirán un ejemplar de la revista.

Mayor información en: <http://www.revistafilosofiauv.cl> y <http://revistas.uv.cl/index.php/RHV/index>

Preparación del manuscrito

Formato: los trabajos deben estar escritos en letra Times New Roman 10, espaciado simple o sencillo, hoja tamaño carta, con un máximo de 25 páginas en total. Título en negrita Times New Roman 14. Nombre del autor: Times New Roman 12. Todos los subtítulos en negrita 10 y en el margen izquierdo. Si el trabajo presentado es más extenso, los editores se reservan el derecho de aceptarlo o no para someterlo al proceso de arbitraje. Los trabajos deben incluir un resumen (*abstract*) en castellano e inglés.

La estructura y orden del trabajo debe respetarse rigurosamente y es el siguiente: desde la primera página del trabajo debe constar: el título, nombre y apellido del autor, consignando filiación institucional y correo electrónico, todo ello alineado a la derecha; resumen en castellano, centrado; palabras clave, 5 en total; *abstract* y *key words* (ídem anterior); introducción; desarrollo del trabajo (capítulos y subcapítulos); conclusión y bibliografía.

Si el trabajo lleva imágenes, éstas deben adjuntarse además en un archivo independiente en formato JPG. Si las imágenes no son lo suficientemente nítidas, los editores se reservan el derecho de no incluirlas en la edición.

Referencias bibliográficas

Las referencias bibliográficas se tienen que insertar en el texto indicando entre paréntesis solo el apellido del autor, año de publicación y la(s) página(s). Ejemplo:

(Frege, 1879: 44); (Heidegger, 1939: 31-45)

Si es más de un trabajo en la misma cita:

(Frege, 1879; 1901).

Si el autor posee más de una publicación por año, se diferencian con letras minúsculas de acuerdo a su orden de aparición. Ejemplo:

(Frege, 1879a; 1879b); (Frege, 1879b: 34)

Cuando el libro citado posee más de un autor:

Dos autores: (Frege y Dedekind, 1879: 44);

Tres autores: (Frege, Dedekind y Peano, 1879: 44);

Más de tres: (Frege et al., 2006).

La bibliografía debe venir al final del artículo en orden alfabético, repitiendo los apellidos cuando sea el caso de varios libros de un mismo autor y seguidos por el año de publicación que corresponde a la referencia bibliográfica que se indicó en el artículo. Los textos de un mismo autor deben ordenarse de acuerdo a su orden de aparición. Ejemplos:

Libros y autores: Apellido(s), Nombre(s) (año): *Título libro*. Lugar: Editorial.

Un autor: Carnap, Rudolf (1947): *Meaning and Necessity*. Chicago: Chicago University Press.

Dos autores: Redmond, Juan y Fontaine, Matthieu (2011): *How to Play Dialogues. An Introduction to Dialogical Logic*. London: College Publications.

Tres autores: Lorenzen, Paul; Lorenz, Kuno y Rahman, Shahid (1978): *Dialogische Logik*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Libro con editor(es). Ejemplo:

Verdugo, Carlos, ed. (2013): *An Essay Concerning Human Understanding*. Oxford: Clarendon Press.

Capítulos en libros. Ejemplo:

Apellido(s), Nombre(s) (año): "Título del capítulo". En Nombre Apellido (ed.), *Título libro*. Lugar: Editorial.

Un autor: Carnap, Rudolf (1947): “Sinn und Bedeutung”. En John Smith (ed.), *Meaning and Necessity*. Chicago: Chicago University Press

Dos autores: Redmond, Juan y Fontaine, Matthieu (2011): “Rules of Dialogical logic”. En Shahid Rahman (ed.), *How to be a Dialogician*. London: College Publications.

Artículos en revistas. Ejemplo:

Apellido(s), Nombre(s) (año): “Título del artículo” en *Nombre Revista*, año, N°. Lugar: Editorial.

Un autor: Carnap, Rudolf (1947): “Sinn und Bedeutung” en *Journal of Philosophy*, Año 3, N°2. Londres: King’s College University Press.

Dos autores: Carnap, Rudolf y Frege, Gottlob (1901): “Der Gedanke” en *Journal of Philosophy*, Año 2, N°4. Berlin: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Referencias en internet. Ejemplo:

Valladares, Diego (2011): “Modelos y Ficciones” en *Revista de Epistemología*. Consulta 12 de enero de 1965: www.revistadeepistemologia-oit.org/sdf/17.htm

Notas a pie de págs: Las notas a pie de página solo se aceptarán en la medida que aporten a la comprensión del texto: Times New Roman 8.

Editorial proposal

The *Journal of Humanities of Valparaíso* (RHV, for its acronym in Spanish) is edited by the Institute of Philosophy of the Faculty of Humanities of the University of Valparaíso since 2013. Its periodicity is biannual for unpublished works in all fields of philosophy, besides philosophical approaches to art and literature. The RHV published in four languages, Spanish, Portuguese, English and French; and does not subscribe to any particular doctrine and is open to articles from different perspectives and with an international scope.

1. Section Policies

Articles:

- Open Submissions
- Indexed
- Peer Reviewed

Book Reviews:

- Open Submissions
- Indexed

2. Peer Review Process

The Journal of Humanities of Valparaíso (RHV, for its acronym in Spanish) is a peer-reviewed journal. According to the topics of philosophy, arts and literature; each paper is assigned by the Editors to the competent area editor. This latter will choose two external referees. They will provide a report on a blind version of the paper and, on this basis, the area editor will make the final decision about publication. We will try to make a decision on every paper within eight or nine weeks.

3. Open Access Policy

RHV provides immediate open access to its content on the principle that making research freely available to the public supports a greater global exchange of knowledge.

4. Author Guidelines

Articles:

Please submit your original paper through our online system following the links above.

The OJS works best with web browsers other than Internet Explorer. If you need help at any point, email us: editores@revistafilosofiauv.cl

Once you obtain your username and password, log in and click "Author". Then "Start a new submission".

The submission must be in Microsoft Word file. Send a PDF file especially if you make a significant use of mathematical or logical notation in your paper.

Submissions should be simple-spaced, use 11-point Times, and defer to the APA Manual of Style for questions of formatting.

Book Reviews:

A full book review may concern only one book or monograph or several works. Its length is about 750-1000 words (use 11-point Times, and defer to the APA Manual of Style for questions of formatting). It should give readers an engaging, informative, and critical discussion of the work.

The most important point in developing a book review is to address the Journal's readership: international and interdisciplinary. The review should consider:

- The intended audience for the book and who would find it useful;
- The background of the author;
- The main ideas and major objectives of the book and how effectively these are accomplished;
- The soundness of methods and information sources used;
- A comparison with other works on this subject;
- Constructive comments about the strength and weaknesses of the book;
- For edited books: dominant themes with reference to specific chapters as appropriate; and implications of the book for research, policy, practice, or theory.

The header of your review should include:

- Author(s) or editor(s) first and last name(s) (please indicate if it is an edited book)
- Title of book
- Year of publication

- Place of publication
- Publisher
- Number of pages
- Price (please indicate paperback or hard cover) if available
- ISBN

At the end of your review, please include:

- Your first and last name
- Email
- Institution affiliation
- A brief biographical

5. Submission Preparation Checklist

As part of the submission process, authors are required to check off their submission's compliance with all of the following items, and submissions may be returned to authors that do not adhere to these guidelines.

1. Duplicate publication: We have a strict policy of avoiding duplicate publication. ALL ARTICLES MUST BE ORIGINALS.
2. Wordcount: Papers do not exceed 10,000 words including abstract, footnotes, and references.
3. Abstract: Up to 100 words. If your paper is in Spanish, you will have to submit an English summary.
4. Keywords: A brief list of keywords (5 or 6). If your paper is in Spanish, you will have to submit English keywords.
5. Notes: Use only footnotes. Include as many in-text citations as possible.
6. References: Must use the APA citation format and style.

6. Copyright Notice

Authors who publish with this journal agree to the following terms:

1. Authors retain copyright and grant the journal right of first publication, with the work after publication simultaneously licensed under a Creative Commons Attribution License that allows others to share the work with an acknowledgement of the work's authorship and initial publication in this journal.
2. Authors are able to enter into separate, additional contractual arrangements for the non-exclusive distribution of the journal's published version of the work (e.g., post it to an institutional repository or publish it in a book), with an acknowledgement of its initial publication in this journal.

3. Authors are permitted and encouraged to post their work online (e.g., in institutional repositories or on their website) prior to and during the submission process, as it can lead to productive exchanges, as well as earlier and greater citation of published work (See The Effect of Open Access).

7. Pivacy Statement

The names and email addresses entered in this journal site will be used exclusively for the stated purposes of this journal and will not be made available for any other purpose.

